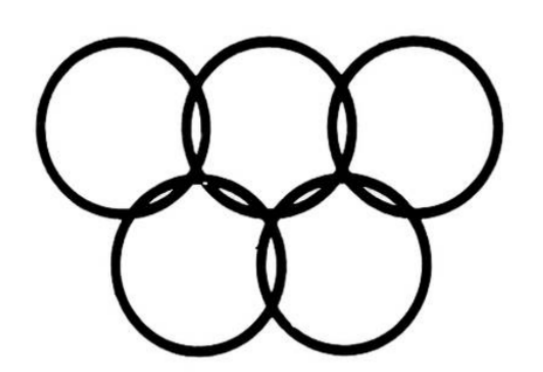

DOBLE JUEGO
BRUGUERA
BOLSILIBROS
ACCION
VIRAJE MORTAL
Adolf Quibus
saudia
16



COLECCION
DOBLE
JUEGO



ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

64 — K.O. mortal, Alan Parker
65 — Contraataque fulminante, Adolf Quibus
66 — Infierno de bambú, Curtis Garland
67 — Las zarpas de una gata, Lem Ryan
68 — La isla de la calavera, Curtis Garland

ADOLF QUIBUS

VIRAJE MORTAL

Colección
DOBLE JUEGO n.º 69
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
CAMPS Y FABRES, 5 - BARCELONA

ISBN 84 02 09277 2
Depósito legal: B 18.432 1983

Impreso en España-. Printed in Spain

1.ª edición: julio. 1983
2.ª edición en América, enero, 1984

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera. S. A.**
Parets del Vallès, N-152. Km 21.6501 Barcelona - 1983

A Francesc Herrera, deseándole
una fructífera carrera
cinematográfica en bien del
moribundo cine español

Adolf Quibus

PRÓLOGO

Estaba sentado en el volante de mi coche, esperando la señal de salida en una prueba que estaba seguro que iba a ser la última que correría en mi vida. Unos meses antes me hubiese echado a reír con unas grandes carcajadas, si alguien se hubiese atrevido a decirme que aquello que estaba a punto de suceder, era real. Ahora, cuando los segundos que faltaban para que diese comienzo la prueba, se acercaban, estaba seguro de que no solo no iba a ganar, sino que iba a morir en la vuelta veintitrés, al tomar el viraje anterior a la recta de meta.

Resultaba cómico, increíble, algo fuera de lo que en estas situaciones, más propias de cualquier historia peliculera, que de la realidad, estaba a punto de suceder. Y yo no me reía.

Me llamo Mike Durey, y eso es algo que llevo arrastrando desde mi nacimiento. Soy piloto de carreras, y hasta hace muy poco uno de los mejores, al menos eso es lo que decían en los Estados Unidos. Era la esperanza norteamericana en la fórmula uno.

Ya se apartan todos los curiosos de la parrilla de salida. Señal de que la fiesta está muy próxima a su comienzo. Me tiemblan las manos.

No sé cómo he podido ser tan estúpido y llegar a esta situación. Es algo que hace mucho tiempo que me da vueltas en mi inconsciente cerebelo sin que llegue a coordinar con la suficiente firmeza.

Tal vez todo se trate de una mala pesadilla de la que despertaré de un momento a otro.

Me aferro al único clavo ardiente que puede llevarme a la salvación.

Sé que eso no es posible.

¿Por qué lo sé?

Una pregunta que no hubiese osado hacerme hace tan solo siete días, cuando estaba dispuesto para tomar la salida del Gran Premio de Mónaco.

Sí, fue allí donde comenzó todo.

Estaba como ahora, dispuesto a salir. La gente rugía igual que hoy. Yo iba a ganar, lo presentía.

Y así fue.

CAPÍTULO PRIMERO

—Has estado genial —me dijo Sugar Robson, sacando champaña hasta por las orejas.

—Tú ni has visto la carrera —le dije yo.

—No me he perdido ni detalle.

—Sí, tal vez tengas razón.

—La he visto doble.

—De eso no tengo la menor duda —tuve que reconocer, dado su avanzado estado de embriaguez.

Sugar era el mejor amigo que había tenido nunca, gracias a él, tuve mi primer coche de competición. Siempre me animaba y ahora podía permitirle aquellas veleidades, que estaba seguro que no hubiese permitido a nadie más.

Había conseguido ganar un Gran Premio de fórmula uno, y eso se me estaba subiendo a la cabeza mucho más que a Sugar el champaña.

Había sido una carrera dura, que había planeado cuidadosamente.

—Primer año en la fórmula reina y ganarás el campeonato —seguía perorando Sugar, sin importarle para nada el resto de la gente.

Yo estaba siendo el blanco de atención de todo el mundo. Muchos pilotos consagrados estaban siendo dejados en un rincón. Era la noticia del día y debo reconocer que me gustaba.

—Hola, campeón.

No la había visto hasta aquel momento y la verdad es que no sabía cómo me podía haber pasado desapercibida una mujer como aquella. Era rubia, exuberante y no sé qué adjetivos utilizar para definirla, tal vez sea debido a que mi retórica es muy pequeña.

—Hola, ¿qué tal? —le respondí de una forma harto estúpida.

—Me llamo Daisy, y no hace falta que me digas tu nombre, es del dominio público.

—No pensaba ser tan importante.

—Lo eres, mi vida, te has portado como un fenómeno, por eso estoy aquí, no creas que eso es normal.

—Imagino que no. ¿Se puede saber quién eres?

—El premio del campeón.

Fueron unas palabras que me sonaron a música celestial. Las había pronunciado con tanta rotundidad y dulzura que ningún ser humano hubiese sido capaz de resistirlas.

Yo no pude hacerlo.

* * *

Ignoraba cómo había llegado hasta allí, solo sabía que estaba en aquella cama con ella. También ignoraba las horas que habíamos pasado juntos. Tan solo sentía mi cuerpo algo fatigado por las horas, o tal vez siglos de placer, que habíamos acumulado entre aquellas cuatro paredes. Era un auténtico volcán en erupción constante, que irradiaba una lava especial que me quemaba de una forma que jamás había sentido.

—¿Te preparo algo para comer?

—No tengo apetito —le respondí.

—Es igual, no quiero que te quedes aquí para siempre. Podrían llamarme ninfómana y eso no me gusta.

Saltó de la cama como una diosa. Y eso que yo no había visto ninguna en toda mi vida, aunque sabía que era así.

Comí sin apetito, pero lo hice. Con Daisy no podía ser de otra forma.

* * *

Cuando regresé al hotel, Sugar estaba desesperado y sobre todo sobrio.

—¿Se puede saber dónde te has metido? —me lanzó con la fuerza de una bala del cuarenta y cinco.

—No lo sé —le respondí, y era cierto—, tal vez en el paraíso.

—El horno no está para bromas.

Y no lo estaba, claro que a mí en esos momentos me daba exactamente igual, y explicarle eso a Sugar en aquellos momentos hubiese sido como predicar en el desierto, cosa que requeriría una paciencia bíblica, de la que yo, sin duda, estaba desposeído.

—Mike, por favor, piensa en todo lo que queda por hacer. Debemos empacar y tomar el avión. Estamos en plena temporada.

—Me da la sensación de que te preocupas demasiado, y no me gustaría recordarte que el que corre soy yo.

—Y el campeón, ya lo sé.

No me gustó nada su mirada.

—Te lo tomas muy en serio —le dije.

—Creo que no. Debería dejar el champaña para otras ocasiones. Dímelo. Sé que estás deseando hacerlo.

—No me gustan los melodramas. Deberías saberlo —le dije visiblemente molesto ante aquella conversación. Llevaba todavía el calor y el perfume de Daisy, y me molestaba que me tratasen como a un niño pequeño.

* * *

Cogimos el avión sin volver a cruzar ni una sola palabra. Era lo mejor. Siempre había dicho que el triunfo no se me subiría a la cabeza. Y estaba seguro de que no se me había subido. Sugar opinaba lo contrario, lo que no dejaba de ser peligroso para los dos. Más para él por supuesto.

—Tienes que ganar las quinientas millas, eso terminará por darte el boato necesario.

—¿Algo más, Sugar? —le pregunté yo molesto, cuando se decidió a romper aquel largo silencio.

—Me parece que te lo tomas todo a risa.

—No puedo hacerlo de otra forma. Cada vez más te pareces a la niñera que nunca tuve.

—Por eso estás tan mal criado.

En ese momento sucedió algo extraño: Dos hombres con máscara y sendas ametralladoras surgieron de la nada y nos apuntaron con sus armas.

—Será mejor que permanezcan quietos, es la única forma de que no les pase nada. Mi amigo —dijo uno de ellos refiriéndose al otro— tiene el dedo muy nervioso y estos artefactos —dijo señalando las ametralladoras— se disparan con facilidad.

Lo que faltaba. Que nos secuestrasen el avión.

Y no había duda. Así era.

CAPÍTULO II

Nos vendaron los ojos, una vez que el avión aterrizó en un lugar del que no conocía nada.

Sugar estaba muy nervioso y no hacía más que hablar de todo lo que nos iba a representar aquel incidente.

Yo me preocupaba mucho más por salvar el pellejo, cosa que me parecía en aquellos momentos mucho más importante que cualquier otra consideración.

—Quieres callarte de una vez —le dije con malos modos, cuando nos depositaron dentro de algún sitio y nos dieron permiso para quitarnos las vendas de los ojos.

—Está bien, si prefieres que me calle así lo haré, pero...

—Por favor, Sugar, la situación no está para reproches, estamos en quién sabe qué lugar del mundo sin saber...

En ese momento se abrió la puerta y apareció un hombrecillo con aspecto de bufón.

—¿Señor Mike Durey?

Me adelanté unos pasos.

—Yo soy.

—Haga el favor de seguirme —dijo el bufón con una sonrisa en los labios, digna del mejor anuncio de dentífricos.

Y le seguí. Sugar intentó decir algo, pero yo se lo impedí con un gesto. Las salidas de tono no eran lo mejor en aquellos momentos.

Traspasamos un largo pasillo. Todo parecía desierto. Me hubiese resultado muy fácil darle un mamporro al bufón y deshacerme de él, pero no lo hice. En el fondo estaba seguro de que se nos vigilaba muy estrechamente.

—Puede pasar, el señor Lom le espera.

Entré en el lugar y pude ver a un hombre de unos cincuenta años, muy bien conservado físicamente. Era el señor Lom. Debo de confesar que era la primera vez en mi vida que oía aquel nombre, claro que tampoco estaba acostumbrado a que secuestrasen mi avión todos los días.

No sabía cuál era el motivo, pero al acercarme a Lom, comencé a mostrarme bastante más tranquilo de lo que había estado hasta entonces. Son cosas extrañas de la madre naturaleza, no hay duda.

—Pase y siéntese, señor Durey —me dijo el hombre—. ¿Le apetece una copa?

—Sí, creo que sí —le respondí.

Hizo los servicios de buen anfitrión y me preparó un Martini seco, de los mejores que he probado en mi vida.

—Supongo que estará algo extrañado, ¿no es cierto?

—Si digo lo contrario, ¿me creerá?

—Por supuesto que no.

—Me lo imaginaba —dije mientras sorbía un trago del excelente mejunje.

—¿Está a su gusto? —me preguntó refiriéndose al Martini.

—Es de los mejores que he probado.

—Me alegro, para mí es muy importante rodearme siempre de lo mejor, por eso está usted aquí.

—No entiendo por dónde van sus palabras.

Y la verdad es que no le entendía.

—Muy sencillo, soy un gran aficionado a las carreras de automóviles.

—Eso es algo que le honra. ¿Me ha visto correr?

—Sí, he seguido muy de cerca toda su trayectoria.

—¿Le gusta viajar?

—No me muevo de aquí.

En ese momento pude darme cuenta de que el señor Lom era paralitico, aunque se movía en una silla de ruedas que parecía tener todos los últimos adelantos y más.

Él pareció darse cuenta de la expresión de mi rostro.

—No se preocupe, señor Durey, hace ya mucho tiempo de ello y puedo asegurarle que estoy acostumbrado. Bueno, digamos que lo más acostumbrado que puede estarse en una situación, digamos incómoda, como esta.

Su sonrisa era extraña, mezcla de dulzura y limón.

—Debo confesarle, señor Lom, que soy un poco despistado.

—Todos los genios lo son.

Me consideraba un genio. No había duda de que se estaba burlando de mí.

—Le hablo en serio, señor Durey; para mí usted es un genio del volante.

—Muchos de mis rivales opinan que soy un patán presuntuoso.

—Eso no es más que envidia. Yo puedo asegurarle que no es así. No secuestro un avión todos los días para invitar a mí humilde morada a un patán.

Me quedé helado.

—¿Quiere decir...? —le pregunté sin que me dejase terminar.

—Justamente.

Eso era demasiado para mí. Cogí mi Martini y lo terminé de un solo

trago.

Él se dio cuenta.

—¿Otro? —casi me obligó.

—Desde luego que sí. No es mi costumbre beber demasiado, pero un día es un día.

—Un día muy importante, no lo olvide —me dijo mientras me servía otro combinado.

Bebimos y seguimos charlando de un montón de cosas, todas ellas relacionadas con el mundo del motor.

—Mis piernas quedaron así después de un accidente.

—Lo siento —le dije.

—No se preocupe, eso está muy lejano. Ambicionaba ser un piloto de carreras y por lo visto no era tan bueno como creía.

—Muchos pilotos excelentes han perdido la vida en competición, es algo que muchas veces no está en la mayor o menor calidad del piloto, existen también otros factores que pueden resultar determinantes.

Me sentía demagogo y debo de confesar que me salió todo de un tirón.

—Tiene una buena verborrea, señor Durey.

—Puede llamarme Mike —le dije—. No me gusta demasiado que me llamen señor.

—De acuerdo, Mike, le aseguro que es para mí un placer.

Sonreía de una forma imprecisa que no me terminaba de gustar, pero que a la vez me daba confianza.

En esos momentos de charla me olvidé de todo lo que había sucedido, era como si aquel hombre enigmático estuviese ejerciendo sobre mí una influencia de la que no era capaz de escapar.

—Después de la cena tendremos una sesión cinematográfica que espero sea de su agrado.

—Estoy seguro de ello —le respondí.

—Me alegro, Mike, no sabe lo satisfecho que me encuentro de que todo esté según su gusto —dijo mientras pulsaba un botón. A los pocos segundos apareció de nuevo el bufón.

—Lleva al señor Durey a sus aposentos.

—Enseguida, señor —dijo el bufón.

—Hasta luego, Mike, considérese en su casa.

Salí de allí siguiendo al extraño hombrecillo.

El camino que recorrimos fue distinto al que habíamos hecho a la ida, estaba casi seguro.

—Aquí es, señor. Si necesita algo no tiene más que pedirlo.

Tras decir aquello, desapareció.

Entré en la habitación. Era de las más lujosas que había visto en mi vida y eso que me había hospedado en hoteles de muchísima categoría.

¿Y Sugar?
Fue como un rayo que me vino a la cabeza.
Me había olvidado de él.

CAPÍTULO III

Llamé al bufón y este se presentó enseguida, no había duda que me estaban tratando como a un invitado.

—¿Dónde está Sugar? —pregunté algo alterado.

—No sé de quién me habla.

—El compañero que estaba conmigo —dije cada vez más fuera de mí.

—Ah, está en su habitación. Lo verá a la hora de la cena. No se preocupe y, sobre todo, no se altere, el señor quiere que lo pase aquí lo mejor posible.

El bufón sonreía, cosa que a mí no me hacía ninguna gracia. En todo aquello, que a mí había llegado a parecerme de lo más normal del mundo había un mucho de misterio.

¿Dónde estaban los pasajeros del avión?

El hombrecillo no quiso contestar ninguna de mis preguntas y apuntó que el señor Lom me las aclararía, que él no estaba autorizado a decirme nada.

Estuve una vez más tentado de cogerle por las solapas de su chaqueta y borrarle su estúpida sonrisa de un puñetazo, pero no lo hice.

Se marchó dejándome solo con mis pensamientos. Tenía que pensar y deprisa.

No pude hacerlo.

Una puerta interior se abrió.

Pensé que era Sugar.

No lo era.

Era Daisy.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

Se me acercó con un aire ondulante capaz de promover un revuelo internacional.

—Pensé que te alegraría verme.

—Desde luego, pero esa no era mi pregunta.

—Olvídate de las preguntas, aún quedan dos horas para la cena y estando conmigo no te hacen falta para nada.

Abrió la bata que cubría, si así podía decirse, su escultural cuerpo. Debajo no llevaba nada.

Quise desistir.

No pude.

* * *

Lom estaba presidiendo la cena. Enfrente estaba sentado yo, a mí derecha Daisy, a mí izquierda Sugar. El verlo allí me tranquilizó. Pensé que había sido un imbécil preocupándome de él.

—Le estaba diciendo a su amigo, que espero que él también esté a gusto entre nosotros. Hago tan pocas veces de anfitrión que acostumbro a veces a olvidar las más elementales normas de cortesía —decía Lom como queriéndose disculpar de algo que de sobras sabía que no había cometido.

Sugar parecía muy complacido, cosa que debo reconocer que me extrañó bastante, ya que creía conocerle bien. Tal vez estuviera en un error.

Daisy parecía ser la dueña de la casa. Lom se dio cuenta de mis pensamientos, era como si no pudiese pensar nada sin que pasase antes por la mente de aquel hombre que estaba pegado a su silla de ruedas.

—Deje de pensar, querido Mike, todo quedará claro en su momento. Le prometo que después de la cena se lo explicaré todo.

Me sentía mucho peor que desnudo.

El resto de la cena transcurrió en un ambiente de lo más mundano y trivial. Era como si estuviésemos cenando en cualquier restaurante de la Riviére.

—Esta época del año es la mejor para ir a Montecarlo, luego en verano se llena de una gente muy ordinaria.

—Tienes razón, mi pequeña Daisy, como siempre. ¿No le parece?

—Sí —admití yo.

Sugar apenas abría la boca. Sus respuestas eran simples afirmaciones o movimientos de cabeza. Parecía un autómata, como si su mente hubiese dejado de pertenecerle.

¿Le habrían hecho algo?

No lo sabía y a la par tenía miedo de pensar demasiado en ello a fin de evitar que Lom pudiera darse cuenta. Me sentía vigilado entre aquellos seres que departían conmigo amigablemente.

Todo aquello estaba a punto de volverme loco y lo cierto es que la idea no me seducía.

¿Era real?

A lo mejor se trataba de un sueño. Eso era. ¡Cómo no me había dado cuenta antes! Me había dormido agotado tras los acontecimientos sucedidos y era víctima de una pesadilla.

Me pellizqué el brazo para comprobar mi teoría.

Por desgracia mi teoría estaba resultando errónea. Por extraño que pudiera parecer, todo aquello estaba sucediendo en realidad y yo lo estaba viviendo.

Tenía que tener paciencia. No había motivo para perder los nervios.

Salí de Mónaco con Sugar y estaba con él. Lo demás no debía inquietarme, considerando que algo debiera hacerlo.

—Sírvenos el café en la sala de proyección —dijo Lom a uno de sus criados de color oscuro y altura digna de uno de los mejores *pivots* de baloncesto de la liga profesional americana.

Nos levantamos y fuimos hasta una enorme sala en la que había una pantalla gigantesca. Las butacas estaban cubiertas de terciopelo. Todo era magnificente en aquella mansión.

¿Dónde estaba situada?

Una vez más una pregunta que no tenía respuesta. Seguramente tardaría un poco en obtenerla.

Nos sentamos.

—Si les apetece algo de beber, pueden servirse, están en su casa.

Lom era un perfecto anfitrión, eso nadie se lo podía negar.

Se apagaron las luces y la pantalla se iluminó.

Comenzó la proyección.

La sangre se me heló en las venas.

El protagonista no era otro que yo. Allí estaban filmadas todas las pruebas automovilistas en las que había participado desde mis comienzos. Era alucinante.

—¡Basta! —pude gritar—, esto es un juego maquiavélico, al que no estoy dispuesto...

Sugar se me acercó y me hizo sentar de nuevo.

—Mi querido Mike, debes contener tus emociones, no son propias de un campeón.

—Pero qué campeón ni qué ocho cuartos, es que aquí todo el mundo está loco.

No pude decir más.

Noté como si algo me pinchara el brazo. Era como un aguijón de abeja, pero sabía que no se trataba de eso.

Los músculos comenzaron a dejar de responderme. En ese momento no me pertenecían. Ya no eran míos. Pertenecían a otra persona. Alguien que no solo intentaba apoderarse de mi cuerpo sino que hacía unos esfuerzos sobrehumanos para hacerlo también con mi mente. Una mente que luchaba en contraposición con las fuerzas que estaban intentando doblegarla.

Escuchaba, dentro de mi inmovilidad, unas extrañas voces que parecían venir de muy lejos, a pesar de que yo sabía que estaban allí mismo, junto a mí.

—Es muy duro.

—Necesitará una dosis superior.

—Puede ser peligroso.

—Con un poco más de tiempo...

—Eso es precisamente lo que no nos sobra.

No pude escuchar más. El siguiente pinchazo ya no lo sentí. El mundo estaba dejando de existir para mí.

CAPÍTULO IV

La luz de los reflectores me daba con fuerza encima de mis pupilas. Allí estaba Sugar.

—Mike, no te duermas, que es tu tiempo.

—¿Qué tiempo? —pude preguntarle, antes de darme cuenta que estaba metido dentro de un coche de carreras.

—No bromees, que el ambiente está muy mal. La pista está mojada y según el servicio meteorológico esto va a peor. Tienes que clasificarte en esta vuelta, hay que evitar un mal tiempo como sea.

No pude decir más. La luz verde se encendió y eso era señal de que tenía que partir para mí vuelta al cronómetro.

Acelera. En ese instante yo era una máquina al servicio del corazón de mi bólido.

Siempre me transfiguraba al volante. Mis reflejos, que parecían dormidos, estaban respondiendo a la perfección.

Fui haciendo el trazado como si lo hubiese hecho toda la vida. Era algo que salía de dentro de mi cerebro. Era un circuito grabado.

¿Quién lo había grabado?

No importaba. Todo estaba saliendo bien. Me acercaba al último viraje, al que estaba antes de la recta de meta.

¿Qué me estaba pasando?

Una especie de mano me oprimía el pecho y un pie, que indudablemente no era el mío, me hacía oprimir más y más el acelerador. Estaba pisando a tope, y aquello a la entrada del último viraje, no había duda de que sería mortal.

Necesitaba sacar el pie del acelerador. Debía hacerlo costase lo que costase.

Un sudor frío me recorría todo el cuerpo. Miles de imágenes se entremezclaban en mi mente de una forma inconexa. No podía verlas.

—Hola, cariño.

Era la voz de Daisy.

Aquello creo que me salvó la vida.

El coche derrapó y se salió de la pista.

Escuché el sonido de las ambulancias. Salí del coche por mí propio pie.

Segundos después aquello era un infierno. Las llamas lo habían destruido todo.

Yo estaba con vida.

Las piernas se me aflojaron.
No recuerdo más.

* * *

Lo primero que vi fue los ojos azules de un ángel vestido de blanco, pensé que acababa de llegar al paraíso.

—Buenos días, me alegro de verle despierto, nos tenía muy preocupados.

—¿Estoy en el cielo? —quise saber.

—No, está mucho más cerca.

—El purgatorio, mis pecados...

—Esto es un hospital, señor Durey, su coche sufrió un accidente durante las quinientas millas de Indianápolis.

—¿En la curva anterior a la recta de meta? —pregunté asustado.

—Veo que lo recuerda.

—Vuelta veintidós...

—No se esfuerce, el médico ha dicho que necesita reposo, está bien pero la impresión ha sido muy fuerte.

—¿Y usted quién es?

—Mi nombre es Liss, Liss Rosley.

Era un bonito nombre.

Todo lo demás debía ser también bonito.

Noté un pinchazo.

Caí en brazos de Morfeo.

Últimamente caía en sus brazos con relativa facilidad.

CAPÍTULO V

Me estaba recuperando con relativa rapidez. Debo reconocer que las atenciones que recibía en la clínica eran excelentes, sobre todo las que me prodigaba Liss, que se estaba convirtiendo para mí en algo más que una enfermera. Ya nos tuteábamos lo que daba a nuestra relación un algo más de intimidad. Claro que aquello podía ser debido a su celo como cuidadora de sus enfermos, cosa que por otra parte lógica, aunque yo me negase a creerlo así.

—Mike, deja ya de preocuparte por todas esas menudencias. El golpe fue muy fuerte y es normal que tu cerebro haya sufrido alguna alteración.

—¿Quieres decir que todo lo he imaginado?

—Entra dentro de lo posible.

—Eso es tanto como decir que estoy loco.

—No seas chiquillo, muchas veces suceden cosas de ese tipo, sin que la persona que las sufre tenga que ser tildada de loca.

—Muchas veces, pero yo estoy seguro de lo que vi, puedo asegurarte que para mí fue tan real como esta conversación que estamos teniendo en este momento.

—Y no lo pongo en duda, Mike, lo que ocurre es que a veces la realidad y la fantasía están tan íntimamente ligadas, que nos resulta muy difícil discernir cuál de las dos es la real.

Ella lo decía convencida, no había duda. Yo había sufrido alucinaciones, y era probable que siguiera sufriéndolas, lo que no dejaba de angustiarme. Tal vez todo había sido producto del miedo. De ese síndrome que según dicen sufrimos más veces de las necesarias lo corredores de velocidad y que según los expertos es producto de arriesgar en cada carrera la vida por ese deseo irrefrenable de llegar primero a la meta.

Es posible que todo eso sea así, también entra dentro de lo probable, cosa que por otra parte debe agradarme, que ahora en vez de estar recuperándome del accidente estuviese muerto.

Muerto. Esa palabra me ha estado rondando la cabeza por espacio de mucho tiempo. No sabría decir cuánto, dado que desde el accidente, el tiempo ha perdido para mí todo su significado. Antes lo tenía de una forma casi obsesiva.

—Tienes visita, Mike —me dijo Liss—, supongo que te alegrarás.

—¿De quién se trata? —quise saber.

—Sugar Robson —respondió ella.

—Sí, dile que pase enseguida.

—Ya voy ansioso.

Sugar Robson, mi amigo estaba allí, tal vez él pudiera sacarme de dudas. De esas dudas que no hacían más que atormentarme aunque yo quisiera hacer ver que no tenían importancia. Para mí todas aquellas teorías que intentaban hacerme creer a pies juntillas, no eran más que eso: Teorías. La realidad la había vivido yo.

Sugar entró en la habitación sonriente como siempre. Su aspecto era impecable.

—Me alegro de verte, Sugar —le dije nada más entró en mi habitación. Liss nos dejó solos, cosa que le agradecí.

—Y yo también, campeón; menudo susto me pegaste. Maldita curva.

—La curva no tuvo la culpa, Sugar.

—¿Qué quieres decir? —me preguntó, alarmado.

—Tú lo sabes igual que yo. No hace falta que finjas, te aseguro que me encuentro perfectamente bien. Es más, creo que mi cerebro ha salido ganando con el batacazo.

—Eso es muy bueno —dijo Sugar, riendo, aunque su risa no me gustó nada en absoluto.

—Sí, ya no hay nada que temer. A no ser por la influencia de Lom.

—¿Qué Lom?

—Vamos, Sugar, deja de disimular; te he dicho que me encuentro muy bien. No tienes que hacer caso a los médicos. Soy tu amigo, no te engañaría.

—Lo sé, Mike, y puedo asegurarte que no sé de qué demonios me estás hablando.

Aquello me irritó.

—No finjas más, quieres.

—Te aseguro que no finjo. Yo, la verdad, no conozco a ningún Lom.

Intenté tomármelo con calma.

—Vamos a ver, Sugar. Reflexionemos.

—Creo que será lo mejor —me dijo él muy condescendiente. Estaba teniendo la sensación de que era tratado como un loco.

—¿Qué pasó cuando salimos en avión de Montecarlo?

—Pues, ¿qué quieres que pasase? Que tuvimos un vuelo más bien normal hasta llegar a casa. ¿A qué viene esa pregunta?

—Y del secuestro del avión, ¿qué?

—Mike, por favor, no te excites, no es bueno para tu salud.

—Así que pretendes insinuar que nadie secuestró nuestro avión. ¿No es eso?

—¡No sé a qué viene esa broma!

Sugar no quería ayudarme. Tuvo que llamar a la enfermera ya que yo

me puse fuera de mí. Necesitaron varios enfermeros, y el propio Sugar, para conseguir sujetarme. Estaba como loco. No podía soportar aquella sarta de mentiras y mucho menos que vinieran del que yo hasta aquel momento consideraba mi mejor amigo.

Por fin lograron dominarme y clavarme una banderilla al estilo de las corridas de toros que había visto en España durante el Gran Premio del Jarama.

Una vez más mi nerviosismo fue remitiendo. Aún podía oír las voces que se escuchaban a mí alrededor.

—Es producto del golpe, disocia realidad con fantasía.

—¿Llegará a ponerse normal?

—En eso estamos, todos nuestros esfuerzos van encaminados hacia esa dirección. Físicamente quedará perfecto.

—Para un corredor la mente es tan importante o más que el físico.

—Lo sé, pero por el momento no se puede decir más. Hay que esperar unos días y ver qué camino toma la evolución de...

Fueron las últimas palabras que pude escuchar, justo cuando cerraban la puerta y volvía a quedarme solo.

Tal vez tuvieran razón y yo estuviera volviéndome loco. No estaba demasiado dispuesto a aceptar que aquello pudiera ser así, pero por otra parte no tenía más remedio que rendirme a las evidencias que se desataban en mi contra de una forma inexorable. Sería mucho mejor que a partir de ahora intentase tranquilizar mis nervios para evitar que estuviesen suministrándome sedantes todo el día. Debía salir de aquel hospital, eso era lo primero. Y si para ello tenía que fingir que estaba de acuerdo en que había sufrido alucinaciones, pues muy bien.

¿Las había sufrido?

Era una buena pregunta para la que no tenía respuesta, lo que no dejaba de resultar curioso.

* * *

Mi recuperación fue muy rápida a partir del momento en que empecé a olvidarme del secuestro de avión y del paralitico Lom. Todos empezaron a notar mis progresos. Una de las más alegres era Liss, mi ángel custodio de blanco que siempre tenía una sonrisa en los labios para mí y para los demás pacientes, que en honor a la verdad debo de reconocer que era así.

—Me ha dicho el doctor, que dentro de un par de días podrás salir de aquí. Imagino que estarás muy feliz.

—En una parte, sí —le dije.

—¿Por qué solo en una parte?

—Dejaré de ver tus hermosos ojos.

—Vamos, Mike, que eso estoy segura que se lo has dicho cientos de veces a un montón de chicas. En cuanto salgas ni te acuerdas de mí.

—Eso no es cierto.

Intenté sujetarla entre mis brazos para besarla, pero ella se me escurrió como una anguila.

—Es muy tarde ya, y debo ir a dar una vuelta por la sala, tú ya estás bien, pero hay otros pobres que necesitan cuidados.

—No tanto como yo.

No pude retenerla, y en el fondo sabía que sus obligaciones eran para con los enfermos. Aunque no me gustase, eso era así.

Estuve paseando durante un largo rato por el jardín del hospital. Hacia un tiempo soleado y espléndido.

Estaba a punto de salir y sin embargo no me sentía satisfecho del todo. Era una sensación muy extraña que me resultaba imposible de definir.

Sugar venía todos los días a verme. Él fue el que me trajo la noticia.

—Mike, quieren aprovechar los meses de puesta a punto para tu vuelta a los circuitos. Sera una película estupenda, sobre el mundo de la fórmula uno.

—Es una locura.

—No veo el motivo, eso representa más popularidad y un buen puñado de dólares.

—No creo que sirva para eso.

—Claro que sirves, no vas a hacer más que interpretar tu papel.

Tengo que confesar que la idea no me seducía nada.

—No puedes hacerme una cosa así, Mike, yo he dicho que sí en tu nombre.

—Eso no está ni medio bien, Sugar.

—¿Alguna vez he ido en contra de tus intereses?

Tuve que reconocer que no.

—¿Entonces? —me preguntó en tono de súplica.

—De acuerdo, lo haré.

En ese momento la cara de Sugar sufrió una transformación. Me mostró unos papeles que resultaron ser los del contrato con la productora cinematográfica.

—Lo tenías todo planeado. ¿No es así?

—Simple formalidad, Mike, solo es una forma de ganar tiempo, ya sabes que el tiempo es oro.

—Bueno, está bien, pero el guion, ¿es bueno?

—Sensacional. Uno de los mejores que he leído sobre el tema, será éxito del año.

No insistí más y firmé los papeles. Al fin y al cabo tardaría aún en volver a la competición activa y si Sugar estaba seguro de que aquello iba a

beneficiar mi carrera no veía el motivo para rechazar una oferta de ese tipo.

Se lo dije a Liss antes de irme.

—¿Qué te parece?

—Eso eres tú el que debe decidirlo, no veo qué importancia puede tener la pobre opinión de una enfermera.

—Para mí mucha.

—Eso es halagador, pero siento no poderte dar una opinión sobre este asunto que por otra parte desconozco por completo.

Y no hubo forma de que soltase prenda.

El día de mi salida del hospital me dio un beso de despedida.

¿Era la despedida?

Eso parecía.

CAPÍTULO VI

Hacía un par de horas que había salido del hospital y me encontraba físicamente perfecto.

—¿No será prematuro? —me preguntó Sugar ante mi deseo de iniciar los entrenamientos.

—En absoluto, nunca me he sentido mejor.

—De acuerdo, nadie mejor que tú para saberlo, de todas formas, ten en cuenta que no es necesario apresurar tu vuelta al circuito.

—No se trata de apresurar, te lo aseguro.

—Bien, mañana mismo lo prepararé todo.

—Buen muchacho —le dije al despedirme de él.

Tenía unas ganas locas de ponerme de nuevo al volante de un automóvil. Eso representaba un reto. Estaba nervioso, pero sabía que cuanto antes pasara la prueba, sería mucho mejor a fin de restablecer mi equilibrio emocional. Y eso me estaba haciendo falta a marchas forzadas.

Entré en el bar de Mitch. Era un lugar donde servían unos filetes increíbles y donde yo gozaba de una excelente reputación.

Mith se alegró mucho al verme.

—Bienvenido, campeón, tengo que decirte que aquí todos tus admiradores hemos seguido con ansia tu recuperación.

Y sabía que era sincero.

—Muchas gracias, Mith, te aseguro que durante todo este tiempo lo que más he echado de menos han sido tus fabulosos filetes.

—Algo que honra mi establecimiento. ¿Has venido a comer?

—No, he venido a verte y a saludar a los amigos, pero ya que estoy aquí, me siento incapaz de resistir a la tentación.

—Pues hoy te prepararé un menú especial, marca de la casa. Te aseguro que vas a chuparte los dedos.

Y me los chupé.

Pude saludar a varios clientes del bar con los que me unía una vieja y entrañable amistad.

—Ha sido una lástima, Mike, este año hubieras conseguido el campeonato mundial.

—Son gajes del oficio, espero que el año próximo sea mejor.

—Este chico siempre tan modesto.

—Así debe ser un campeón —dijo Mitch, que se sentía orgulloso de seguir siendo amigo mío, como en los viejos tiempos en que yo no era más

que un loco al que apasionaba la velocidad y al que nadie quería ayudar en su carrera como piloto. Eso son cosas que nunca se olvidan y yo no estaba dispuesto a hacerlo.

—¿Es cierto que vas a rodar una película?

—Sí, eso parece, por lo visto los productores se han vuelto locos.

—¿De qué se tratará?

—De carreras. ¿Podría ser de otra forma?

—No, creo que no.

Una carcajada inundó el bar. El ambiente seguía siendo excelente y en aquellos momentos yo había olvidado por completo mis problemas. Era como si los espejismos se hubieran borrado de mi mente. Tal vez escondidos en alguna parte de mi mente negándose a salir, para evitar conflictos mayores.

Salí de allí reconfortado. La comida había sido espléndida. Me encontraba en plena forma. Dispuesto a enfrentarme con la pista y con el coche.

Contaba las horas que faltaban para empezar mi primer entrenamiento.

La pesadilla había terminado por fin.

Eso esperaba.

* * *

Por fin había llegado la hora de la verdad y me encontraba sentado en mi coche. Todo estaba preparado. Sugar me acababa de dar los últimos consejos, unos consejos paternales que yo no le agradecí en absoluto. Era yo el que tenía que enfrentarse con aquella prueba.

Puse el motor en marcha. Rugía con fuerza. Con la misma fuerza de siempre, aunque a mí en aquellos momentos me parecía infinitamente superior, era como si no hubiese sentido jamás un ruido semejante. Mi mente quería recordar algo, pero yo no la dejaba. En aquellos momentos lo único importante era concentrarse en la máquina y sobre todo en el circuito.

Me dieron la luz verde y arranqué. Todos mis músculos estaban crispados, parecía que no iban a obedecerme. Por un momento sentí miedo. Un miedo sobrenatural. Algo que me paralizaba. Poco a poco todos mis músculos fueron reaccionando como si de una perfecta máquina se tratara y comencé a realizar el trazado.

La primera vuelta, creo que fue más o menos discreta. En la segunda comenzaba a ser yo mismo.

Al llegar a la quinta, vi cómo Sugar me hacía señales de que me detuviera.

Lo hice lentamente.

Me acerqué al lugar donde estaba él. Descendí del coche.

—¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto loco?

—¿Por qué? —le pregunté inocentemente al ver el aspecto desencajado que tenía.

—Es un entrenamiento, no hace falta que pulverices todos los récords, eso ya llegará —me dijo mostrándome el cronómetro.

—Me alegro de que sea así, lo que demuestra que estoy en plena forma, eso debería alegrarte.

—Mike, acabas de salir de un accidente, no es prudente que te juegues la vida en el primer entrenamiento.

—Ya salió el ave de mal agüero —dije yo, divertido por la situación que se había creado. Sugar estaba en su papel de madre y ángel guardián, un papel que por otra parte le encantaba.

CAPÍTULO VII

Aquella tarde teníamos una reunión con el productor de la película en la que debía interpretarme a mí mismo.

Nos recibió Stugar Sifer, que era el productor de la misma, y cuyo aspecto atlético y jovial desdecía un poco la imagen que yo tenía de los productores de la industria fílmica. Tampoco fumaba el clásico puro. Debía reconocer que mis conocimientos en aquella materia no eran con mucho nada del otro jueves.

—Me alegro mucho, señor Durey, de que esté completamente restablecido. Es una suerte para nosotros poder contar con usted para la película. En cuanto Strong me trajo el guion, le vi muchas posibilidades al filme, pero le aseguro que fue en usted en la primera persona que pensé para el papel de corredor.

—Eso me halaga, señor Sifer, pero me temo que no tengo dotes de actor, incluso en la escuela me echaban de todos los repartos de fin de curso.

—Es usted muy modesto, señor Durey, pero no se preocupe, estará usted respaldado por un puñado de actores veteranos y a la vez excelentes.

Aquel hombre era tan optimista como su aspecto. La verdad es que toda la conversación transcurrió en un tono de cordialidad excelente y que los halagos a mí persona fueron constantes. Yo sé lo agradecía, pero no compartía ni su optimismo ni su criterio, claro que ante su insistencia, y tras haberle advertido, decidí no llevarle la contraria por más tiempo, yo le había avisado y quién avisa no es traidor. Lo otro quedaba para él, no era responsabilidad mía.

Salimos de allí a las dos horas, yo estaba igual que cuando entré, o sea bastante escéptico. Sugar, por el contrario, era la estampa misma de la felicidad.

—¿Estarás contento?

—Me parece que tú ya lo estás por mí, no veo el que haga falta que yo lo esté o no.

—Mike, la mayoría de los corredores estarían saltando de alegría si estuvieran en tu lugar.

—Yo estaña mucho más satisfecho compitiendo por el título con ellos.

—Eres joven, te quedan muchas temporadas y esta no ha sido mala, todo el mundo piensa en ti como triunfador, si no hubiese sido por ese tonto accidente.

—Que en parte fue culpa mía.

—Eso nadie te lo ha dicho.

—Pero lo piensan, y eso no es lo peor de todo, lo peor es que tú también lo piensas, aunque hagas esfuerzos para hacer ver que no. Sugar, hace mucho que nos conocemos. No intentes engañarte ni engañarme.

—Eso no es cierto.

Lo dijo con poca convicción. Sabía que había dado en el clavo. No le gustaba, pero era así.

—¿Qué vas a hacer luego? —me preguntó mientras íbamos en su coche.

—Déjame en casa, quiero descansar.

—Me parece sensato.

No pensaba descansar, más bien pensaba en ir a ver a mí enfermerita. Liss Rosley.

Paramos delante de mi casa.

—¿Quieres que suba y jugamos una partida a algo?

—Lárgate, pesado, he dicho que quiero descansar.

—Está bien, el mundo está lleno de desagradecidos.

Salí del coche y subí a mí apartamento.

No noté nada especial al principio, pero poco a poco pude darme cuenta de que alguien estaba allí dentro. Alguien a quién no conocía estaba sentado en mi butaca favorita. Era un hombre con cara de mono, en su diestra aparecía una pistola. Llevaba silenciador. Yo no era demasiado entendido en armas, pero no tenía duda sobre lo que estaba viendo.

—Muy buenas, señor Durey, siéntese y siéntase como si estuviera en su casa —dijo el hombre con un sarcasmo que no me gustó nada.

—¿Se puede saber quién demonios es usted?

—Digamos que un amigo, pero no se enfade.

—Los amigos que tengo no fuerzan la entrada de mi casa y me amenazan con una pistola.

—Es simple precaución, señor Durey, sobre todo ante reacciones como la suya. Yo solo quiero charlar un rato con usted.

—No es una forma demasiado ortodoxa la que está utilizando.

—Tampoco lo es la proposición que vengo a hacerle.

—¿Se puede saber cuál es? —le pregunté muy molesto pero intentando dominarme, aunque solo fuera por el argumento que esgrimía en su mano.

—Eso es algo que me parece mucho más razonable.

—Le agradecería que fuese lo más breve posible.

—La brevedad es uno de mis dones más preciados. Se trata de esa película.

—¿Qué pasa con ella?

—Me gustaría que no la hiciera.

—¿Puede saberse por qué?

—Podría saberse, pero no se lo voy a decir. Digamos que hay una serie de intereses en contra de ese proyecto y yo, que soy un admirador suyo, he venido a advertirle de que es mejor que lo olvide en bien de su salud. Así de simple.

—¿Me está amenazando?

—¿Usted qué cree?

—Creo que sí, salta a la vista.

—Dejémoslo en advertencia, resulta mucho más agradable.

Se marchó antes de que fuera capaz de reaccionar.

Me quedé solo y preocupado. No entendía nada de todo aquello. Por un momento comencé a recordar lo del avión y lo de Daisy. ¿Ella había sido real? No lo sabía, aunque yo juraría que sí. Claro que si Sugar aseguraba que no...

Era un lío.

¿Y la película?

Al fin y al cabo no tenía ningún interés en hacerla.

Decidí poner la televisión. A lo mejor aquel hombre no era más que un maniático que se divertía asustando a la gente. ¿Quién podía decirme que la pistola era de verdad? Hacían unas imitaciones de juguete que podían confundirse con las verdaderas y yo de armas entendía más bien poco, por no decir nada.

* * *

Estaban dando una de las últimas carreras de la temporada por la televisión, y yo permanecía atento a la pantalla, subyugado por las imágenes que iba seleccionando el realizador para nosotros.

De repente, uno de los bólidos fue a tomar la última curva del circuito.

—¡Cuidado! —pude gritar yo como si el pobre conductor pudiera oírme.

Parecía increíble. El bólido salió despedido. Las imágenes eran crueles. Las asistencias se lanzaron a toda velocidad para socorrer al accidentado.

—Señoras y señores, esta temporada parece especialmente marcada por la desgracia de nuestros pilotos. Primero fue el piloto norteamericano Mike Durey y ahora su compatriota...

Estaban hablando de mí. Comparaban los accidentes y la nacionalidad de los pilotos.

—Era la vuelta número veintidós...

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

La misma vuelta.

¿Sería casual?

Era probable, pero yo no estaba muy seguro. Claro que las casualidades suelen suceder más a menudo de lo que parece.

¿El hombre de la pistola?

CAPÍTULO VIII

—Mike, eso es una locura —me dijo Sugar en cuanto le conté mis suposiciones.

—Te aseguro que no estoy loco —le dije muy nervioso. La mirada de Sugar no me gustó nada. Y mucho menos lo que añadió:

—Deberías ir a ver al médico, tal vez al ver un accidente parecido al tuyo te ha despertado algo en tu subconsciente que creíamos que ya estaba bien...

—Eres un imbécil, Sugar.

—Tal vez, pero es la mejor solución —se fue hacia el teléfono.

Me abalancé sobre él apartándolo.

—¿A quién quieres llamar?

—A nadie, tranquilízate, por favor.

—Eres tú el que me saca de quicio —le dije muy alterado.

—Está bien, si prefieres estar solo me lo dices y en paz.

—Sí, lárgate, es lo mejor que puedes hacer por mí en estos momentos.

Y así lo hizo.

Estaba seguro de que no iba a dejar las cosas así y de que iba a llamar al médico desde cualquier cabina.

Una cosa se me metió en la cabeza. Tenía que ir al lugar del accidente, hablar con el piloto, que según decían estaba muy grave pero aún vivía, y todo eso sin que Sugar se enterase. Seguro que haría guardia ante la puerta principal mientras venían del hospital. Él pensaba que yo estaba completamente loco. Había momentos en que yo era de la misma opinión, pero por otra parte estaba seguro de que tenía que asegurarme de que todo aquello no eran más que figuraciones mías. De otro modo estaba perdido.

Salí por la escalera de incendios. Al doblar la calle y tomar un taxi vi a Sugar haciendo guardia tal y como había pensado.

Cuando nos alejábamos de allí, el sonido de una ambulancia me hizo girar la cabeza.

—Algo grave —dijo el taxista—, a juzgar por la prisa que llevan.

—Desde luego —dije yo, pensando que venían a por mí. Mi querido amigo Sugar estaba convencido de que estaba loco de remate y estaba dispuesto a encerrarme en un manicomio. ¿Por qué? No tenía respuesta y a lo mejor no se trataba más que de una nueva alucinación mía. No estaba seguro.

—Espéreme un momento —le dije al taxista cuando nos detuvimos

frente a la puerta del banco.

Saqué dinero suficiente sin que allí nadie me dijese nada. No podría regresar a casa sin temor a que me encerrasen. Con mi desaparición, por otra parte, no hará más que darle la razón a todos aquellos que pensaban que estaba completamente loco, lo sabía pero no me importaba nada.

—Al aeropuerto —le dije al taxista cuando me subí de nuevo en el vehículo.

—¿Muy deprisa? —me preguntó, guiñándome un ojo.

—Volando —le dije yo, devolviéndole el guiño.

—Estos maridos celosos —comentó el taxista.

Era eso lo que pensaba y yo no hice nada para desengañarlo, me resultaba cómodo.

Llegué al aeropuerto muy rápido. Por suerte había avión enseguida, lo que me dio una cierta tranquilidad.

Estaba como un niño pequeño cometiendo una travesura.

¿Lo era?

* * *

Cuando llegué al hospital en el que se encontraba el piloto accidentado, este acababa de fallecer, a su lado, llorando desconsoladamente, se encontraba su viuda, rodeada de periodistas, que eran incapaces de respetar su dolor en pos de la noticia. Una noticia luctuosa, que a mí me producía escalofríos tan solo de pensar en ello.

Yo podía haber corrido la misma suerte que él. Toda una vida por el suelo en un piloto que tenía posibilidades de conseguir el campeonato.

Aparté a los periodistas con violencia y rescaté a la pobre viuda, que pareció reconocerme.

—Gracias, señor Durey, ha sido usted muy amable. Él —dijo refiriéndose a su marido— ha sido menos afortunado que usted.

—No sabe cuánto lo siento, señora —dije yo, que me encontraba en una embarazosa situación.

Intenté llevarla de allí a tomar un café y así conseguir charlar con ella, aun a sabiendas de que estaba obrando igual o peor que los periodistas, pero mis ansias de saber cosas de aquel accidente eran superiores a cualquier otra consideración. Por un momento llegué a pensar que estaba completamente loco. Luego fui rechazando esa hipótesis poco a poco, a medida que hablaba con ella.

—Estaba muy raro últimamente. Sobre todo desde la aparición de esa maldita rubia.

—¿Quién era? —le pregunté cada vez más interesado.

—Según él, alguien sin importancia, pero le puedo asegurar que no, soy

mujer y una mujer nota esas cosas enseguida.

—¿Cómo era ella?

La descripción se parecía mucho a la de Daisy, estaba por jurar que era Daisy en persona. Claro que por otra parte podía tratarse de otra mujer, pero yo pensaba que no podía serlo.

Cuando por fin conseguí una foto de ella pude comprobar que era la misma Daisy en persona que yo había conocido. Que esa mujer existía y no era ningún espejismo, y si esa mujer existía, yo no estaba loco. Mi misión en aquellos momentos era encontrarla. Pero ¿cómo? Eso era tal vez lo más difícil.

Intenté hacer averiguaciones, pero todas resultaron inútiles. Yo, la verdad, es que era un buen piloto de carreras, pero un mal detective.

CAPÍTULO IX

Venía en todos los periódicos. La esposa del piloto muerto en accidente había sido asesinada. La última persona que al parecer la había visto con vida era el también piloto norteamericano Mike Durey, del que se creía que tenía perturbadas sus facultades mentales.

Me quedé helado. Me estaban buscando para cargarme un asesinato que no había cometido. Además, me consideraban poco menos que un sicópata peligroso. ¿Qué podía hacer? Por lo pronto, esconderme.

Me compré unos lentes negros y una barba postiza. Algo de ropa extraña hizo que ni yo mismo me reconociera al mirarme al espejo. Por esa parte parecía estar a salvo, siempre y cuando no tuviera que presentar mi documentación a nadie, y eso era peligroso.

Todo aquello que parecía un violento y horrible rompecabezas debía tener una explicación lógica, aunque para mí en aquellos momentos no fuera más que una alucinación increíble.

Me creían loco y era en ese momento cuando más seguro estaba de que no lo estaba. Todo tendría respuesta si conseguía hallar las piezas del rompecabezas.

El único problema que había era que estaba en Inglaterra y completamente solo.

¿Cómo encontrar a Daisy?

Estaba seguro de que ella estaría cerca de los pilotos que participasen en la próxima carrera de fórmula uno. Tal vez en el gran premio de Italia volviese a actuar. Y yo tenía que llegar a Roma mucho antes que ella, pero cómo hacerlo si toda la policía de Inglaterra me estaba buscando. Ellos estaban seguros de que iba a caer en su poder de un momento a otro.

¿Quién podría ayudarme?

Pensé en Sugar, pero deseché la idea.

De repente el nombre de Liss Rosley me vino a la cabeza. ¿Por qué? Tal vez porque era una encantadora enfermera que me había tratado de maravilla.

¿Sería eso suficiente para que dejase su trabajo y viniese a Inglaterra en mi ayuda?

Desde luego, era un disparate lo que estaba pensando. Todo era un disparate.

Estuve durante largo tiempo dándole vueltas al asunto y decidí que era mi única oportunidad. Nada perdía con ello.

Pensé en enviarle un telegrama.

Eso era imposible. Me descubrirían.

Fui a la telefónica y consulté en un listín de Estados Unidos, allí pude conseguir el número de la clínica.

Marqué el número y pregunté por ella. Me dijeron que no estaba, empezaría su turno al día siguiente, no sé por qué extraña razón que no entendí.

Les pedí el número particular, que según había comprobado no figuraba en la guía. Me dijeron que era imposible facilitármelo, que iba contra las reglas y no sé cuántas zarandajas más. Insistí diciendo que era un caso de vida o muerte. Ignoro el motivo, pero por lo visto debí estar muy convincente, ya que conseguí mi propósito. Al dar las gracias, noté que la enfermera telefonista que me acababa de dar el teléfono de Liss, estaba arrepentida de haberlo hecho, pero ya era tarde. Colgué y llamé a casa de Liss.

Tardé dos horas en poder hablar con ella. Por lo visto, había salido de compras aprovechando su libertad hospitalaria.

Le expliqué como pude lo sucedido, de lo que había tenido cuenta por la prensa, y le di mi versión, poniendo todo el énfasis del mundo para convencerla de la veracidad de mis palabras. Eso sobre todo era muy importante.

Dijo que me creía.

Le pedí que viniera en mi auxilio.

Estaba desesperado, sin ella no podría salir de esta.

Sabía que le estaba pidiendo mucho. Lo lógico era que me enviase a la porra. No lo hizo, al menos eso me dijo.

Cuando colgué me sentí muy aliviado.

¿Respetaría lo dicho? ¿Vendría?

No estaba seguro de nada. Me quedaban unas horas de angustia.

* * *

Cuando la vi descender del avión, mi corazón dio un tremendo golpe de alegría.

Había cumplido su palabra. Buena chica. Pero ¿venía sola? Por un momento dudé de ella.

—Tienes un aspecto extraño, campeón, aunque yo te hubiera reconocido entre mil.

—Eso me preocupa —le dije compungido. A pesar de la alegría de verla, mi situación seguía siendo muy incómoda.

—¿Algún sitio donde hablar tranquilos? —me preguntó.

—Iremos a un *pub* donde la música es tan fuerte y la gente se fuma

tantos porros que nadie se enterará de lo que hablamos.

—¿Quieres pervertirme?

—No creo que sea el momento...

—Está bien, Mike, solo quería quitar dramatismo a lo que sucede, pero si te lo vas a tomar a mal...

—Desde luego que no.

Dejamos las maletas de ella en un hotel donde se registró con su nombre.

—¿Alguien sabe que has venido aquí? —quise saber.

—No, hice tal como me dijiste.

—¿Tienes miedo de mí? —le pregunté antes de seguir adelante con mi plan.

—Si lo tuviera, no estaría aquí. Tú has sido uno de mis pacientes favoritos, y como te has acordado de mí, cosa que me halaga, aquí estoy.

—¿No han sospechado nada en el hospital?

—Desde luego que no. Te aseguro que no hay nadie que pueda relacionarnos. Nuestras relaciones en el hospital fueron normales. Yo trato muy bien y por igual a todos mis pacientes.

—¿También haces igual que conmigo?

—Debo confesar que una cosa como esta es la primera vez.

—Puedes decirlo sin miedo, una locura como esta, no temas, ahora estoy seguro de que no estoy loco.

Se lo conté todo. Mientras yo hablaba pude darme cuenta de la cantidad de cambios que iba sufriendo su rostro. Pasaba de una expresión a otra sin solución de continuidad.

—Es maquiavélico.

—¿No me crees? —le pregunté ansioso.

—Claro que te creo, pero no por eso deja de ser maquiavélico.

Y tuve que darle la razón.

Liss fue a alquilar un apartamento por quince días y no tuvo ningún problema para ello. Muchos turistas lo hacían.

Por fin tenía un lugar donde refugiarme.

—Lo más difícil será llegar a Italia —me dijo ella.

—Lo sé, más siempre hay alguien dispuesto a hacer cosas ilegales por dinero. Solo se trata de saber dirigirse a la persona adecuada.

—Esa persona no sabemos quién es.

—Lo sabremos, es cuestión de poner un anuncio en el periódico lo suficientemente sugestivo. Mientras, esperaremos aquí en nuestro nido.

—Vaya unas vacaciones que me esperan —dijo ella sonriendo—, espero que sepas comportarte como un caballero.

—Lo haré, aunque cada vez que te miro pienso que es estúpido ser un caballero.

—¡Mike!

—Lo siento, no volverá a suceder.

Nos reímos.

CAPÍTULO X

Vino mucha gente a lo del anuncio. Pillastrines de poca monta. Gentes de todo tipo.

Tras mucha búsqueda dimos con la persona correcta. El precio era abusivo, pero dadas las circunstancias no había otra solución que aceptarlo.

Desde luego, el hombre no sospechó mi verdadera identidad, de hacerlo estoy seguro de que se hubiese negado a hacerme el pasaporte falso. Me hizo un par de fotos con mi rostro barbudo y dijo que en dos días estaría todo solucionado.

Al marchar, Liss me dijo:

—Estamos en sus manos, podría denunciarnos a la policía.

—Podría, pero no lo hará.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—No lo estoy, es una simple corazonada.

—¿Siempre te mueves por ellas?

—Solo cuando no me queda más remedio.

Ella sonrió, con su sonrisa angelical. Tuvo que darme la razón. No nos quedaba más remedio que esperar los dos días que nos había dado de plazo aquel hombre. Si cumplía su palabra, podríamos irnos a Italia, en caso contrario, ingresaría en las cárceles del Reino Unido. Me preocupaba esta segunda posibilidad mucho más por ella que por mí mismo. Tal vez había sido demasiado egoísta. Eso no me gustaba.

Pasamos el día prácticamente encerrados. Liss se encargó de todo. Y mostró sus cualidades como excelente cocinera. Los periódicos seguían hablando de mí y todas las salidas estaban controladas. Habían pedido incluso ayuda a Estados Unidos, que estos, por supuesto, habían concedido inmediatamente, ya que aunque en tierra inglesa el delito era sobre un súbdito americano al que había liquidado otro. Eso era al menos lo que ellos aseguraban. Solo dos personas sabíamos con certeza que eso no era así. Yo y, por supuesto, el asesino. Liss parecía creerme y estaba demostrándomelo, pero una duda siempre podía existir en su corazón, un corazón noble y generoso.

—Eres una fantástica cocinera —le dije, mientras saboreaba una taza de té.

—Y tú un vulgar adulador.

—Te aseguro que no es cierto.

—No ha venido nadie, es posible que tuvieras razón respecto al hombre

del pasaporte.

—Tengo entendido que entre el hampa también tienen un código de honor.

—No me gusta nada ese tipo de honor.

Lo dijo con una expresión que incitaba a tirarse sobre ella y comérsela a besos. Tuve que contenerme. Lo cierto es que me estaba conteniendo desde hacía mucho rato, y puedo asegurar que cada vez me estaba resultando más difícil.

Por la noche estuvimos viendo la televisión. En las noticias se seguían ocupando de mí, lo que me molestaba en grado sumo. En esos momentos hubiese deseado ser un vulgar desconocido. Todo lo que antes habían sido halagos hacia mi persona, ahora eran improperios. Mi *fair play* era puesto en duda. Eso me molestaba, pero lo hacía todavía más el hecho de pensar que tal vez estuviese en un error y que en Italia no encontrase nada que me sirviera para demostrar mi inocencia.

Liss se daba cuenta de lo que sucedía en mi interior.

—No debes preocuparte, Mike, estoy segura de que todo se arreglara.

—Es bonito oírtelo decir, aunque solo sean palabras, ayudan a sentirse uno vivo.

—Y lo estás. Piensa que tarde o temprano el asesino cometerá un error, y entonces todo se solucionará.

—Eso pasa en las películas, pero por desgracia esto es la cruel realidad.

—Haciéndote mala sangre no solucionarás nada.

Y en eso tenía razón.

* * *

El hombre llegó tal y como había dicho con el pasaporte falso. A partir de aquel momento al menos teóricamente podía irme a Italia. Liss ya había corrido demasiados riesgos por mí culpa, era hora de que volviese a casa.

—No pienso dejarte solo —me dijo con un acento que la honraba mucho.

—Ya has hecho bastante; a partir de este momento tengo una nueva personalidad. Podré cruzar la frontera sin problemas.

—Yo no estaña muy segura.

—Sabes que sí, Liss, y además, por otra parte, puedo asegurarte que no estoy dispuesto a que sigas corriendo peligro por mí culpa, bastante has hecho ya.

No había forma de convencerla, se estaba volviendo cada vez más obstinada, era algo obsesivo.

—Piensa que tal vez yo te he estado engañando. Es posible que te haya estado utilizando. Abusando de tu buena fe, para conseguir algo que yo

solo no hubiese podido conseguir.

—Me resulta difícil creerte, Mike, sé lo que estás intentando hacer. Tal vez cuando recibí tu llamada pensé que sí que podías ser culpable, sin embargo un extraño impulso que iba creciendo poco a poco en mi interior, me decía que aquello no podía ser cierto. Fueron bastantes días en el hospital. Los suficientes para darme cuenta de que tú no eras de esos tipos.

Me gustaba oír su voz, resultaba reconfortante. En esos momentos era para mí un bálsamo inigualable, pero a pesar de todo no podía tolerarlo de ninguna manera.

Yo creo que hubiéramos estado discutiendo durante largo tiempo a no ser por un extraño ruido que llamó mi atención.

—Cuidado. ¿Has oído?

—No —dijo ella, que creía que era una treta para cambiar de conversación.

Apenas tuve tiempo de darle un empujón hacia el suelo y lanzarme sobre la sombra que estaba abriendo la puerta. Fue todo muy rápido. Por suerte, el primero de los hombres no esperaba mi veloz actuación y se vio sorprendido por mí. Le lancé un fuerte directo al mentón. Cayó hacia un lado. Tras él iba otro hombre con otra arma en la mano. Pude esquivar el impacto, pero no evitar que disparase.

Le lancé mi pierna derecha antes de que hiciese un segundo disparo. Fue un impacto terrible sobre su bajo vientre que le hizo aullar de dolor, a la par que le hacía perder el sentido.

El primero de los agresores se incorporaba. Liss me avisó a tiempo.

—¡Cuidado, Mike!

Pude evitar el golpe, pero con tan mala fortuna que perdí el equilibrio. El hombre venía hacia mí como una fiera. De súbito cayó como un saco de patatas.

Liss le había golpeado la cabeza con una silla. No había duda de que la joven había tenido una espléndida sangre fría. Me abrazó casi llorando.

—¿Estás bien, Mike? Ha sido horrible.

—Tranquila, todo ha pasado.

Registré a los dos hombres y pude comprobar que no eran policías, lo que no dejó de sorprenderme.

—Eso demuestra que no solo la policía me persigue, y lo que es peor, que saben dónde estoy y con quién, lo que es peligroso, para ti. Si vienes conmigo, malo, y si no tal vez peor.

—Me voy contigo.

Tal vez fuera lo mejor, dado el cariz que estaban tomando las cosas.

—Vámonos enseguida, tal vez no estuvieran solos.

Salimos de allí con sigilo, tal y como si fuéramos un par de delincuentes.

—Iremos en barco, será menos peligroso —dije yo.

—¿Llegaremos a tiempo?

—Espero que sí.

Nos fuimos al puerto, allí nos hicimos pasar por una pareja que escapaba de un marido celoso. La historia pasó como real y lo que fue mejor: gustó a un par de marinos, que nos pusieron en contacto con su capitán. Arreglamos el precio y consintieron en llevarnos. Íbamos a tener una travesía un poco incómoda, pero en aquellos momentos lo único que quería era desaparecer de allí, más que por mí seguridad, por la de Liss. Yo era el que la había metido en aquel berenjenal y yo era el que tenía que sacarla. Eso estaba claro.

* * *

Estábamos en alta mar. El barco se movía bastante y nuestro camarote era de lo más cochambroso. Digo camarote a aquella inmunda pocilga porque así lo había bautizado el capitán del barco. Un capitán de aspecto siniestro, mucho más parecido al personaje de una película de terror que a un ser humano, pero eso en esos momentos era para mí lo de menos, lo único importante era que por el momento estábamos a salvo. Liss tenía frío, la tapé con mi chaqueta.

—Gracias —me dijo, y en sus ojos pude ver un brillo especial.

—Lamento haberte metido en esto.

—No te preocupes, sé que lograremos salir.

Me hubiera gustado poder creer en sus palabras. Se acercó a mí.

La rodeé con mis brazos.

CAPÍTULO XI

Un ruido me sobresaltó. Algo estaba ocurriendo fuera y por el sonido no me gustaba nada en absoluto. Liss, que se había quedado dormida, se despertó asustada.

—¿Qué ocurre? —me preguntó. Noté inquietud en sus ojos.

—No lo sé, espero que nada.

Y eso era lo que esperaba de verdad, aunque mis músculos se pusieron enseguida en tensión. Era necesario que fuera así. Últimamente estaba en ese estado constantemente. Era como cuando estaba sentado al volante de mi coche y esperaba la señal para iniciar la carrera. Una carrera en la que la vida estaba en juego. Ahora era mi vida y la de Liss. La había metido en algo que no era de su incumbencia, y ella había aceptado sin más. Nunca podría llegar a perdonarme el que le sucediera algo a aquella criatura a la que yo había comparado con un ángel la primera vez que la vi. Ahora estaba seguro de que se trataba de un verdadero ángel.

—Oigo pasos, alguien se acerca; quédate en ese rincón —le dije.

Ella obedeció sin rechistar. Se notaba que estaba asustada, pero eso no era óbice para que mostrara una sangre fría fuera de lo normal. Cualquier mujer en su lugar se hubiera echado a llorar y yo lo hubiese encontrado normal, es más, incluso a mí las piernas me temblaban y eso que estaba acostumbrado a desafiar a la muerte.

Los pasos eran cada vez más cercanos. Se oían voces. Por un momento pensé que tal vez pasarían de largo, que se trataba de una falsa alarma y que podríamos seguir el viaje sin más interrupciones. Que llegaríamos a Italia sin novedad y que una vez allí podría encontrar a Daisy y con ella descifrar todo aquel galimatías.

¿Por qué no? Tenía que tener esperanza. En aquellos momentos, segundos tan solo, pasaron por mi mente cientos de imágenes que creía tener completamente olvidadas. Eran imágenes entremezcladas de mi niñez y de otras etapas de mi vida. Como si en el último instante de mi vida esta quisiera enviarme un mensaje. Un aviso. Lo que pasaba es que yo era incapaz de descifrarlo.

Por fin los pasos se detuvieron frente a la puerta y esta se abrió. Yo estaba preparado como el tigre que espera su presa, y así actué, pero todo resultó inútil, lo que yo creía mi presa estaba esperando esa reacción mía y le resultó mucho más fácil terminar con mi resistencia.

Recibí un golpe en la cabeza.

Pude oír la voz de Liss que gritaba.

Luego la noche se hizo una vez más en mi cabeza.

* * *

Cuando desperté, me encontré sentado en una amplia cama. Me dolía enormemente la cabeza e ignoraba dónde estaba. Si seguía en el barco, no era el mismo, de eso estaba seguro, ya que este apenas se movía. Más bien diría que no se movía nada.

La puerta de la habitación se abrió y un par de hombres entraron en ella.

—Menos mal que ya está despierto, el jefe quiere hablar con usted.

—¿Se puede saber...?

—Nosotros no le sabemos contestar nada, así que le recomiendo que ahorre saliva, tal vez la necesite luego.

Decidí no replicar, ya que creía que era algo inútil. En ese momento me acordé de Liss.

—¿Dónde está la chica?

—De momento, bien, y así seguirá siempre que usted no nos cree problemas; y ahora tenga la bondad de seguirnos.

Les seguí de bastante mala gana, a sabiendas de que no me iba a quedar más remedio.

Lo que vi al entrar en aquella sala tras aquellos hombres me dejó la sangre completamente helada. Se trataba de Lom, el hombre de la sofisticada silla de ruedas.

—Muy buenas, señor Durey, o mejor dicho, Mike, hace mucho que no teníamos ocasión de vernos.

Estaba alucinado.

—Mike, parece que acaba usted de ver fantasmas, y eso no me resulta nada satisfactorio.

—Le aseguro que no entiendo nada.

—Pues es mucho más sencillo de lo que parece. Usted no soñó nada como le hicieron creer. Mi presencia y la de Daisy fueron reales. Incluso fue usted sometido a un lavado de cerebro, que por lo visto no fue todo lo satisfactorio que debiera y esos fallos son inadmisibles en un hombre como yo.

—Me da la sensación de que está usted completamente loco.

—Eso es algo que ha pensado mucha gente, pero le aseguro que no es cierto. Claro que la mayoría que lo pensaron no están vivos como usted para contarlo.

—¿Quién mató a la mujer del piloto...?

—Todo el mundo cree que fue usted.

—Pero usted y yo sabemos que no fue así.

—Cierto, mí querido amigo, pero le advierto que eso no le va servir ni para tan siquiera como consuelo.

—¿Qué es lo que pretende de mí?

—No mucho. Espero que colabore conmigo en muchas cosas, ya que ha demostrado ser un hombre capaz de vencer a la muerte. Esa es una de las cosas que le han salvado la vida.

—No pienso colaborar con un asesino como usted en nada. Me oye bien.

—No se exalte, al fin y al cabo usted hará lo que yo quiera, a no ser que quiera que mis represalias caigan sobre cierta señorita.

—¡Canalla! —quise abalanzarme sobre él, pero los dos gorilas que había a mí lado me lo impidieron. Estaba en las manos de aquel loco.

CAPÍTULO XII

Estaba en Italia, al fin había conseguido mi objetivo, pero de muy distinta manera a como había planeado. Ahora estaba en manos de Lom. Él tenía a Liss y con ello se garantizaba mi fidelidad casi perruna. No sabía cómo, pero ya no pesaba la acusación de asesinato sobre mí. De la misma forma que había hecho recaer las culpas sobre mi persona, encontró al culpable del asesinato, que tras declarar su crimen, se suicidó. Era monstruoso todo aquel galimatías. Y de lo que no tenía la más mínima duda es que Lom era un loco peligroso, que poseía un poder increíble.

Tenía que reaparecer en el Gran Premio de Italia. Lo que iba a hacer en él lo ignoraba. Lom había dicho que lo sabría a su debido tiempo.

La prensa había hablado de lo prematuro de mi reaparición, pero Sugar, que volvía a estar a mí lado, se encargó de ellos.

La rubia Daisy había vuelto a aparecer y no se despegaba de mi lado. Ya no la encontraba tan hermosa. Cada vez que la miraba me producía náuseas.

Pensé que Sugar también debía estar en manos de Lom. Seguramente le habrían hecho un perfecto lavado de cerebro. Y con él había dado resultado.

Lom se apoderaba de las mentes de las personas y eso hacía que su dominio fuese mucho más peligroso. Estaba seguro de que era un resentido, que no podía admitir su desgracia que le había postrado en aquella silla de ruedas. Si hubiese sido humano, no había duda de que hubiese sido digno de lástima, pero no lo era. Tal vez alguna vez lo fuese, ahora no era más que una fiera peligrosa, que actuaba con plena libertad de movimientos. Siempre lejos del lugar que sucedían los hechos y eso le daba una total impunidad. Hombres como él eran un peligro para la humanidad, y lo peor de todo era que, por desgracia, en la vida del hombre habían existido locos así.

Sugar estaba conmigo como si nada hubiese sucedido.

—¿Crees que estoy en condiciones de reaparecer? —le pregunté no sé bien el motivo.

—Desde luego, Mike, tú sabes de sobra que si no lo creyese impediría tu reaparición, pero creo que es importante. En cuanto termines la temporada empiezas la película. Por fortuna he logrado que los productores aplacen el rodaje. Les he hecho ver que si terminas la temporada en un buen momento, eso será una publicidad que beneficiará el film.

—Por lo que veo, te estás convirtiendo en un perfecto *manager*.

—La experiencia y, sobre todo, el deseo de que todo lo mejor sea para ti.

—Nunca podré pagarte bastante lo que haces por mí —le dije con cierto sarcasmo que él no captó o al menos hizo como si no lo hiciera.

—Me considero de sobra pagado con tu amistad.

Estuve a punto de ponerme a llorar. No había duda de que las comidas de tarro de Lom o de los esbirros del mismo, eran algo fuera de serie.

Salí a pasear por la ciudad. Sabía, o al menos lo imaginaba, que era seguido constantemente, pero no me importaba y a ellos tampoco. Teniendo a Liss en su poder, yo no intentaría nada: además, ¿quién demonios me iba a creer si les contaba lo que estaba sucediendo? Estaba seguro que, de hacerlo, me habrían encerrado en un manicomio, del que no hubiese salido jamás con vida, y Liss... No quería ni pensarlo.

¿Cómo me habrían localizado? Esa era la pregunta fundamental, aunque en aquel momento careciese de importancia.

¿La carecía?

Me hubiese gustado pensar que no. Tenía que pensar que no, si me daba por vencido, quién me aseguraba que una vez cumplidos sus deseos no nos iban a liquidar a los dos. No creía a Lom tan tonto como para dejarnos campar a nuestras anchas por ahí. Estaba loco, pero no era tonto, eso al menos había tenido ocasión de comprobarlo.

Una triste comprobación, desde luego.

La temperatura era excelente y el sol brillante y hermoso. Me hubiera gustado poder compartirlo con Liss. Ella le hubiese dado ese tono que sin duda faltaba.

Yo la había metido en aquello y yo tenía que sacarla. Pero ¿cómo? Lo ignoraba; de momento tenía que obedecer las instrucciones al pie de la letra.

¿Qué querían que hiciese? ¿Qué ganase la carrera? Eso era algo que no solo dependía de mí. Estaban mis contrincantes y cualquiera de ellos era capaz de ganar un gran premio. No era fácil programar la victoria en una carrera.

No me gustaba pensar en Lom y, sin embargo, no podía quitarme su imagen de la cabeza. Era una obsesión demencial.

No me di cuenta, pues iba absorto en mis pensamientos y tropecé con una viejecita.

—Disculpe, no me he dado cuenta. ¿Le he hecho daño?

—Pues claro que sí, joven. Es que esta juventud va como alocada y no se fija en nosotros, que ya llevamos unos cuantos años a cuestas.

Tuve que aguantar el chaparrón de la pobre mujer, cosa que hice estoicamente.

—Ya llegará alguna vez a mis años y entonces se dará cuenta de lo poco que...

Pensé que mi porvenir no me auguraba larga vida, pero eso la pobre mujer no lo sabía.

* * *

Daisy me estaba esperando en el hotel.

—¿Dónde te has metido?

—Mira, querida, el que tenga que soportarte es algo que no puedo evitar, pero de eso a que tenga que darte explicaciones, hay un abismo; además, se lo preguntas al amo, estoy seguro de que él si está bien informado al respecto.

—La primera vez que nos vimos no me tratabas así.

—Entonces no te conocía como te conozco ahora, y eso, aunque no te lo parezca, influye mucho.

—Eres muy escrupuloso y de esa forma tu carrera no será muy larga, no, señor.

—Me parece que mi carrera tiene ya muy cercano el punto final.

—¿Eso piensas?

—Sí —le contesté con sinceridad.

—Pues más motivo para aprovechar el poco tiempo que te queda.

—Me parece perfecto.

Se acercó insinuante. Su cuerpo ya no me irradiaba ninguna clase de sensación. La apartó de un manotazo.

—Déjame en paz.

—Eres un imbécil.

—Tienes razón, lo soy; de no serlo, te aseguro que no estaría en la situación actual.

—Peor para ti.

Dicho eso me dejó en paz, cosa que le agradecí.

Me serví un *whisky*, lo necesitaba.

Bebí un sorbo largo. Al principio me quemó un poco la garganta, más tarde comenzó a reconfortarme, lo que no dejaba de ser un alivio.

Me apetecía otra copa y me la serví.

Enchufé la televisión, estaban hablando de la carrera y de los posibles favoritos para la consecución de la victoria. También se hablaba de mi respiración. Para los comentaristas la misma era una incógnita, siempre lo es cuando se ha salido de un accidente.

CAPÍTULO XIII

Era el día del primer entrenamiento oficioso. Todo estaba dispuesto para salir.

Di unas cuantas vueltas y a juzgar por la cara de Sugar mi crono debía haber sido bastante bueno.

—Estás fenómeno, chico. Vas a conseguir un buen lugar en la parrilla de salida.

La miré indiferente.

—No parece alegrarte mucho.

—Sí, lo que pasa es que estoy muy concentrado en lo que hago y eso tal vez me haga parecer más adusto.

Le mentí y lo cierto es que no sé el motivo.

En aquel momento un grupo de jóvenes se me acercó a pedirme autógrafos, me molestaba hacerlo, pero lo hice, aquellos chavales no tenían la culpa de lo que me estaba sucediendo y no era lógico que pagasen mi mal humor.

—¿Cree usted que podrá ganar? —me preguntó uno de ellos que parecía mucho más decidido que los otros.

—Es posible, al menos para eso salimos todos; luego depende de muchos factores.

—¿Le influirá el accidente?

—¿Quién te ha dicho eso?

—Mi papá, él si lo cree —me dijo con una cándida sonrisa infantil.

—Espero que no, aunque es posible que en algún momento me pueda hacer perder algo de concentración, claro que esto no podré saberlo hasta que suceda. Si vienes a verme después de la carrera, te lo diré.

—¿De verdad podré ir a los *boxers*?

—Sí, hombre, sí. Pregunta por mí, te dejarán entrar si les das esto —le dije dándole mi distintivo.

El muchacho se marchó feliz. Ahora podría presumir delante de sus padres y amigos.

* * *

Al día siguiente eran los entrenamientos oficiales, en ellos se iba decidir el orden de la parrilla de salida. No había recibido aún ningún tipo de instrucción, y eso no me gustaba en absoluto, ya que no era normal. Estaba

seguro de que algo pretendían, aunque no estaba muy seguro de cuál era su verdadera intención; tal vez estuvieran tomándome el pelo, o a lo mejor era otro de los juegos diabólicos a los que tan aficionado era Lom.

Daisy se me acercó.

—Tengo instrucciones para ti —me dijo a la par que me entregaba un sobre cerrado.

Lo cogí y esperé que ella se marchara, pero no lo hizo.

—Tengo instrucciones muy concretas. Lo has de leer delante de mí y destruirlo. Lo siento, no soy yo la que da las órdenes.

—De acuerdo, pero no hace falta que te enteres de lo que pone.

—Bien, si eres tan escrupuloso...

Se apartó a un rincón.

Abrí el sobre.

> «Tienes que quedar entre el seis y el siete en la parrilla de salida. Muchos recuerdos de Liss, ella está bien, espero que seguirá estándolo. No se te ocurra ninguna tontería, hasta ahora todo va bien. Saludos,
>
> »Lom»

Solo ver aquel nombre me producía náuseas. Unas infinitas ganas de vomitar. Era algo superior a mis ya cada vez más desgastadas fuerzas.

—¿Malas noticias? —me preguntó la estúpida de Daisy.

—No del todo, podrían ser peores.

—Pues si ya las has leído, quémalas.

—Es verdad, olvidaba que estás aquí de perrito guardián mío.

—Oye, guapo, que yo no soy perrito de nadie.

—Está bien, mujer, no te enfades, que te pones muy fea cuando lo haces.

Desde luego, aquella rubia era idiota.

Saqué el encendedor de mi bolsillo y quemé el papel.

Ella, después de esta operación mía, pareció mucho más tranquila. Era sin duda una perrita obediente. Lom debía de estar orgulloso de ella. Y pensar que yo caí en sus redes una vez, como un estúpido. Desde luego, no tenía perdón.

La imagen de Liss se me apareció de nuevo, y una sensación de impotencia me recorrió el cuerpo.

Daisy me dejó solo, lo que le agradecí en gran manera. Parecía darse cuenta de que su presencia no era de mi agrado, y en el fondo no parecía importarle en exceso.

* * *

Llegó el momento de los entrenamientos oficiales.

Estaba muy tenso, sabía que tenía que estar muy pendiente de mí y de todos los demás, ya que de no hacerlo así me iba a resultar muy difícil obtener el puesto que me habían indicado. Y eso era fundamental para la seguridad de Liss, que era sin lugar a dudas lo que más me importaba en esos momentos. Lo otro resultaba tremendamente accesorio.

Fueron unos momentos de gran tensión, pero al fin conseguí clasificarme en séptimo lugar.

Sugar me felicitó. Yo ignoraba cuál era el verdadero significado de sus palabras. Lo cierto es que los tiempos de clasificación habían estado muy ajustados.

Tenía un presentimiento algo negro y no era solo por todo lo que estaba sucediendo, que con ser mucho no era todo en aquellos momentos. Se trataba de algo más que me veía incapaz de adivinar de qué se trataba.

—Mañana puedes hacer un gran papel, Mike, siento que estás aún en mejor forma de lo que pensaba.

—¿Piensas algo? —quise saber.

—No entiendo lo que quieres decir.

Parecía sincero.

—Déjalo, no tiene importancia.

—Me gustaría, no obstante, que me lo aclararas.

—No es el momento, ni estoy de humor.

Y era cierto.

* * *

Mi presentimiento se cumplió.

Volví a recibir instrucciones.

Estas eran definitivas.

Tenía que hacer salir de la carrera al coche número seis.

Y para más inri en la vuelta veintidós.

Aquello parecía cachondeo.

No lo era.

Pretendían que me convirtiera en un asesino, y eso era algo que yo no podía tolerar. Hasta ese momento todo había tenido un pase, a partir de ahí se había terminado.

Me quedaban muy pocas horas para intentar algo.

¿Qué podía hacer?

Era una buena pregunta para la que no tenía respuesta.

CAPÍTULO XIV

Tenía que abandonar el hotel sin ser visto. Era fundamental, y también tenía que encontrar a Liss, esa era la parte más difícil, aunque una corazonada me decía que ella y Lom no estaban muy lejos de mí. Él no se perdería un espectáculo como aquel. Estaba seguro.

Me deslicé por la escalera de incendios. Antes de llegar abajo, miré a un lado y a otro. No vi a nadie, era casi seguro que habían descartado aquella posibilidad, entre otras cosas porque sabían que me tenían en sus manos mientras tuviesen a Liss en su poder, y en eso estaban en lo cierto, pero no podía durar esta situación demasiado, a no ser que quisiera cumplir con las órdenes que me habían dado, y eso era imposible. No podía convertirme en un asesino.

Salí a una gran avenida, tenía la sensación de que estaba libre, pero decidí cerciorarme. Era fundamental que nadie me siguiera.

Tomé un taxi, le di una dirección cualquiera.

Desde el punto en que el taxi me dejó, tomé otro.

Me metí en un bar.

—Una cerveza —le pedí al camarero.

—Enseguida, señor —me dijo mirándome de arriba abajo.

A los pocos instantes volvió con la cerveza.

—Perdone mi curiosidad, señor, pero por casualidad no será usted Mike Durey.

—Sí —tuve que reconocer.

—Me alegro mucho de conocerle, señor, tiene que saber que soy un gran admirador suyo.

Aquello podía serme útil, pensé para mí.

—No sabía que en Italia tuviese admiradores.

—Ya lo creo que los tiene, señor. Me gustaría decirle a todo el mundo que está usted aquí, menudo orgullo para mí establecimiento.

Eso no era prudente en aquellos momentos.

—Mire, ahora no es conveniente, pero si está dispuesto a hacerme un favor, le aseguro que después de la carrera vendré a celebrarlo aquí con mis amigos y, por supuesto, con la prensa. Incluso miraré que venga también la televisión.

En mi vida había estado tan convincente, claro que el peligro no hay duda que agudiza el ingenio.

—¿A quién tengo que matar? —preguntó de broma Bruno, que así se

llamaba el dueño del bar.

—A nadie —le dije yo para tranquilizarle.

—Menos mal, porque le aseguro que soy un mal matarife, si le contara...

Y claro, me lo contó.

No tuve más remedio que escucharle. Bruno era un italiano muy parlanchín. En cualquier otra ocasión, reconozco que todo aquello me habría hecho gracia. No en las actuales circunstancias.

Sin embargo, pocos minutos después Bruno me había conseguido la información que precisaba sobre un yate enorme, que correspondía a la idea que yo tenía de la embarcación de Lom.

Claro que de aquellas características había otro anclado en la otra punta del muelle.

Lo que quedaba no era precisamente lo más fácil.

Tampoco sabía exactamente cuál de los dos era el que yo buscaba, suponiendo que fuese alguno de los dos. La suerte tendría que decidir.

Menos mal que ambos yates estaban distanciados, en caso contrario el error hubiese sido punto menos que fatal.

* * *

Como esperaba, me equivoqué, al menos en el primero que entré no había ni rastro de Lom y, por supuesto, de Liss. Se trataba de un yate enorme dedicado a la orgía y al desenfreno. Y yo les interrumpí de mala manera, provocando el histerismo de una de las mujeres, por lo que deduje que era casada y que quería evitar el escándalo a toda costa.

—¿Qué quiere usted? —me preguntó el que debía de ser el dueño del yate.

—Ya le he dicho que se trata de un error.

—Por favor, deje de jugar que estamos entre personas mayores, y esa estúpida excusa no está bien en una persona de su edad.

—Le aseguro que estoy diciéndole la verdad.

No me creían y lo peor de todo es que estaba perdiendo un tiempo precioso que a buen seguro me haría luego mucha falta.

—Si lo que pretende es hacernos chantaje, le aconsejo que desista de ello, a no ser que quiera terminar como un saco de patatas en el océano.

Aquel hombre no parecía bromear. Pronto otros dos se unieron a él, envalentonándose al ver que estaba solo.

Por suerte, una de las mujeres me reconoció.

—Pero si es Mike Durey.

—¿El piloto americano?

—Claro, estoy segura, ¿no es cierto, señor Durey?

—Desde luego, encanto, y eso es lo que estoy intentando explicar a estos amables señores, pero no hay forma. Ha sido todo un lamentable error del que me siento muy apenado.

Los hombres se echaron a reír.

—Tiene gracia, señor Durey, le aseguro que tiene mucha gracia. Claro que, ya que está aquí, le ruego que se una a la fiesta.

—Para mí sería un placer, pero tengo un poco deprisa, verá es que cuando...

—Al menos tome una copa, señor Durey. Nos sentiríamos muy ofendidos si no se tomara una copa con nosotros...

Tuve que resignarme, al fin y al cabo tampoco vendría de unos minutos. Y, pensándolo bien, aquellos individuos podrían servirme de ayuda.

¿Por qué no?

Tomamos un par de copas.

Ya no tenía tanta prisa.

El ambiente iba entrando cada vez en una mayor confianza, lo que no dejaba de ser estupendo.

—Pues, vera, yo soy un gran entusiasta de las carreras y me dije, nos vamos a Italia y de paso vemos el Gran Premio. Soy un admirador suyo, y cuando me enteré de su reaparición, me dije que ya no podía perderme el espectáculo.

Me iba gustando aquello cada vez más, y esperaba que llegase el momento oportuno para explicarles mi plan.

—Me halagan ustedes demasiado.

—No nos llame de usted, por favor, señor Durey.

—Ni a mí señor Durey, no me gusta.

—¿El Durey?

—No, el señor.

Nos echamos a reír, cosa que iba ocurriendo cada vez con mayor frecuencia, lo que no dejaba de ser agradable, a no ser por la tensión que yo estaba sufriendo en aquellos instantes.

—Cliff —le dije al dueño del yate—, estoy en un apuro y necesitaría ayuda.

—Puedes contar conmigo y con los chicos, Mike. ¿De qué se trata?

Señalé a las chicas.

—Muchachas, iros a jugar un rato a la canasta, nosotros tenemos algo que hacer.

—Vaya fastidio —dijo una de ellas.

—Pues veras, Cliff...

CAPÍTULO XV

Nos acercamos al yate los cuatro cantando como si estuviéramos completamente borrachos.

—La vida es hermosa. ¿Qué te parece nuestra actuación?

—Estupendo, Cliff, pero me temo que va a haber jaleo.

—No sabes lo que me satisface oírtelo decir, el jaleo es una de las cosas que más me gustan.

—Pues a esos de ahí dentro parece importarles tres pepinos nuestra juerga, y eso sí que no.

Comenzamos a lanzar objetos al yate.

Se encendieron algunas luces y aparecieron dos marinos con más pinta de matones de película de serie negra americana que de otra cosa.

—Queréis callaros de una vez, borrachos estúpidos —dijo uno de los gorilas.

—No me da la gana —dijo Cliff.

—Si bajamos se os van a quitar las ganas de seguir haciendo el idiota.

—¿Los oyes? Se me está poniendo la carne de gallina.

—Desde luego, porque ahora mismo estamos con vosotros.

El plan estaba dando resultado.

—Ahora, Mike —me dijo Cliff—. Nosotros nos encargamos de ellos, enseguida estamos contigo.

—Id con cuidado, son peligrosos.

—Todavía no nos has visto actuar a nosotros —me dijo Cliff, y en eso tenía razón, aunque no me parecía que fuese fácil lo que tenían que hacer, claro que lo mío no iba a ser un camino de rosas.

Suerte que todo estaba saliendo incluso mejor de lo previsto.

La batalla campal empezó.

Yo me salí de ella y me fui en dirección al yate.

* * *

La cubierta estaba desierta, entré hacia los camarotes y pude ver uno que estaba vigilado. No había duda de que era el de Liss. Me abalancé contra el hombre que no se esperaba mi ataque.

Le golpeé con fuerza en el mentón y lo derribé, pero por lo visto había calculado mal la resistencia de aquel gorila, y tan solo conseguí hacer que se tambalease, ya que enseguida y como impulsado por un rayo volvió al

contraataque, lanzándome un zarpazo que si no esquivo me arranca el cuello de cuajo.

Me dispuse a defenderme y a atacar con violencia.

Lancé mi pierna izquierda que llegó a su objetivo haciéndole doblar un poco el torso. Esa era mi oportunidad.

No la desaproveché.

Comencé a golpear sin descanso.

Le estaba machacando. No tenía posibilidades de defenderse.

Acabé con él.

Le quité las llaves del camarote y lo abrí.

Allí estaba ella.

—Mike, ¿qué haces aquí?

—Pasaba por aquí cerca y me dije, voy a ver a mí vieja amiga Liss, que sé que está de vacaciones en un hermoso yate.

Se lanzó a mí cuello abrazándose a mí.

El corazón me dio un vuelco tremendo.

—Pensé que ya no te vería más —me dijo ella llorando.

—Eso es pensar muy mal de mí, y sobre todo ahora que ya nadie me busca por asesinato. Creo que después de la película de automóviles, voy a hacer otra sobre crímenes y demás, tengo algunas ideas que me pueden servir para hacer el guion y, no creas, a lo mejor resulta.

—Yo no haría demasiados planes.

Era Lom, estaba en pie y llevaba una pistola.

CAPÍTULO XVI

—Mi querido Mike, eres demasiado impulsivo.

—Y tú un canalla.

—Por suerte para mis intereses, siempre acostumbro llegar a tiempo y eso hace que siempre me adelante a mis enemigos, y tú te estás convirtiendo en uno muy pesado.

—Para los asesinos de tu calaña todo es poco.

—Eso no es muy amable de tu parte.

—No estoy para amabilidades, vais a morir los dos, nadie escapa a mis órdenes. Y vosotros las habéis desobedecido.

Aquel hombre estaba completamente loco.

Tensé mis músculos. Antes de que disparase debía lanzarme contra él. Liss no debía salir dañada, aunque yo perdiese la vida, no me importaba demasiado. Ella era lo único importante, de eso no tenía la menor duda ni la tendría mientras viviese, lo que a raíz de cómo se estaban poniendo las cosas no iba a ser demasiado tiempo.

—Lom, espera un momento, te olvidas de tus planes de mañana. Si me matas ahora, nadie podrá hacer el trabajo.

Pareció dudar durante unos instantes.

—Eso ya no tiene importancia, Mike.

—No parecías pensar lo mismo hace unas horas.

—Eso era hace unas horas, ahora todo es distinto.

En ese momento oí la voz de Cliff:

—¿Estás bien, Mike? Nosotros ya hemos terminado.

Lom vaciló un momento al oír la voz de Cliff, y fue la oportunidad que yo estaba esperando como gato panza arriba.

Me lancé sobre él. Cayó al suelo su pistola y comenzó una terrible lucha cuerpo a cuerpo. No había duda de que Lom no era paralítico como me había hecho creer, ni tampoco viejo, ya que al golpear por segunda vez su cara, el extraño y perfecto maquillaje que llevaba se iba rompiendo, dando paso a su verdadero rostro.

Fue una lucha terrible en la que llevé la mayor y mejor parte, gracias a que saqué fuerzas de no sabría decir dónde. La presencia de Liss y la tensión de todos aquellos días había sido definitiva.

Cuando terminé con Lom, este ya no era Lom, su verdadero rostro era el de Sugar Robson. Mi gran amigo, la persona que yo creía conocer mejor que nadie.

No podía entender nada de todo aquello.

Liss me notó el desencanto en los ojos.

—¿Nunca lo pensaste?

—Más de una vez, pero esa idea siempre la rechacé. Lo que no entiendo es por qué.

Cliff y sus amigos estaban allí conmigo. En sus rostros se notaba los estragos que les había producido la pelea.

—¿Llamamos a la policía?

—Sí —dije yo—, creo que es lo mejor.

—¿Quién es ese? —preguntó Cliff, señalando el cuerpo de Sugar.

Yo no pude responder. Lo hizo Liss por mí.

—Era su mejor amigo.

Cliff enmudeció. Tengo que reconocer que se portaron muy bien.

* * *

Cuando llegó la policía, Sugar había recobrado el conocimiento y no recordaba nada de lo que había sucedido. Por lo visto, era un caso claro de desdoblamiento de personalidad. En su interior luchaba el bien y el mal. El mal era Lom, y este vencía la mayor parte de las veces.

Cuando yo creí soñar mi primer encuentro con Lom, el hombre que imaginé que era Sugar no lo era, por eso no habló casi nada durante la cena y yo casi ni me di cuenta, ya que estaba bastante drogado. Sugar, cuando era Lom, poseía una inteligencia fuera de lo común. Debía descargar el odio que como Sugar alimentaba contra mí y contra todos los que, como yo, eran capaces de obtener algún Gran Premio.

CAPÍTULO XVII

Daisy fue localizada y encarcelada, y todos los hombres de Lom también. Su mente había hecho que cometiese asesinatos por el puro placer de exterminar todo aquello que tuviera algo que ver conmigo.

Llegó el día del Gran Premio de Italia. Tenía que correrlo, por primera vez desde hacía mucho tiempo sin la obsesión de hacerlo, con miedo a ese viraje mortal que representaba la curva anterior a la recta de tribuna de la vuelta veintidós.

Subí a mí coche, los mecánicos habían trabajado como fieras toda la noche a fin de que el coche estuviese a punto. Sin ellos un piloto no es nada. Yo lo sabía, y aunque mi estado físico y mental no era el más adecuado para una carrera de aquel tipo, decidí salir, pues en caso contrario sé que para ellos hubiese sido una gran decepción.

—Dales fuerte, Mike. Demuéstrales quién es el mejor.

—No tienes ni para empezar.

Eran gritos de aliento que calentaban mi sangre mientras los motores de mi coche estaban haciendo lo mismo.

Nos dieron la señal para la vuelta de reconocimiento. Comenzaba la última fase.

Fue una vuelta más para grabar el circuito en mi mente. Todo había quedado atrás. Ahora había que concentrarse en la prueba.

Sabía que Liss me estaría mirando. Eso quieras o no para mí era un estímulo superior a cualquier otro.

Tras la vuelta de reconocimiento fuimos colocándonos en nuestros respectivos puestos en la parrilla de salida.

La vista fija en el semáforo que cambiaba y de repente la luz verde indicadora de que todo estaba ya listo. La salida era un hecho.

Tuve una mala salida que me relegó al puesto doce. La verdad es que en un circuito como aquel iba a resultar difícil remontar posiciones, pero tenía que intentarlo. Eso es lo que estaban esperando de mí.

* * *

Iba en tercera posición al llegar a la vuelta número veintidós. Al llegar al viraje fatídico, tuve un momento de vacilación, fue casi imperceptible para todo el mundo menos para mí.

Llegué en segunda posición, lo que no dejó de ser todo un éxito.

Mi accidente había sido superado, podría seguir corriendo.

EPÍLOGO

—¿Qué se siente al tener una enfermera por esposa?

—Una tranquilidad enorme, sobre todo cuando estoy al volante de mi coche.

—Eso es muy poco romántico —me dijo Liss con la que llevaba casado cinco horas exactamente.

Estaba deliciosamente hermosa.

La rodeé por la cintura y uní su boca a la mía en un beso que puso a prueba nuestra capacidad pulmonar.

—Uff, me parece que esto no lo voy a poder resistir.

—¿Tú crees que no?

Al decírselo la volví a besar.

Las horas que siguieron fueron inenarrables. Nuestra unión resultó perfecta. Atrás quedaban los sufrimientos, los días y las horas de angustia en las que había llegado a pensar de verdad que estaba loco.

Ahora estaba alucinado y también tenía la sensación de estar soñando, pero era un sueño del que no quería despertar.

Había sido una boda íntima, yo quería huir de los periodistas y estos sé que estaban muy enfadados conmigo ya que les había dado esquinazo. En esa labor me fue de gran ayuda el buenazo de Cliff, con el que me unía una gran amistad desde aquel día en el que por suerte me equivoqué de yate. No quiero ni pensar lo que hubiese podido suceder si no llega a fallarme el olfato.

Me vino a la memoria Sugar y sentí lástima por él. Tal vez yo hubiese podido ayudarle, de saber qué era lo que le pasaba.

Deseché toda clase de pensamientos. Ahora estaba con Liss y solo ella debía llenar mi mente.

—¿En qué piensas? —me preguntó estirando su cuerpo de tigresa.

—Si te lo digo no me lo ibas a creer.

—Inténtalo.

Se lo susurré a la oreja.

—Eres un gamberro.

Me lo dijo sonriendo, con esa sonrisa angelical que me había deslumbrado la primera vez que la vi.

FIN

SENSACIONAL DESCUBRIMIENTO CIENTIFICO. EL CABELLO VUELVE A BROTAR DE NUEVO.

LA CALVICIE SUPERADA.

EXITO ALCANZADO POR EL DOCTOR ROBERT MARHSALL, RENOMBRADO BIOLOGO E INVESTIGADOR DE FAMA INTERNACIONAL.



Rueda de prensa celebrada por el Doctor Robert Marhsall

En la última rueda de prensa convocada por el prestigioso Doctor Robert Marhsall, a preguntas de los informadores el ilustre Biólogo manifestó textualmente lo siguiente:

"De los experimentos realizados con BIOTIN SOLUTION me siento muy satisfecho por los éxitos obtenidos. El principal objetivo consistía en reactivar y fortalecer el crecimiento del cabello existente, pero hemos quedado verdaderamente asombrados ya que además de lograr este propósito observamos maravillados que con BIOTIN SOLUTION el pelo volvía a crecer de nuevo."

"Comenzamos los experimentos con veintiocho mujeres, cuyos cabellos faltos de densidad raleaban como consecuencia de aumentos de secreción de la grasa sebácea y progresiva atrofia de los bulbos capilares, así como también con veintidós hombres con problemas de calvicie motivados a las concentraciones de testosterona acumuladas bajo el cuero cabelludo."

"Sus edades oscilaban entre los 28 y 64 años, aunque representaban bastante más de las que tenían."

"Empezaron muy desconfiados por haber aplicado otros tratamientos en los que les ofrecieron muchas garantías y resultaron un fracaso."

"Durante los primeros quince días ya apreciamos progresos muy satisfactorios, observando que el pelo existente había dejado de caer e iba adquiriendo consistencia y robustez."

"Antes de haber transcurrido dos meses logramos estimular la circulación de la sangre en el cuero cabelludo latente dando nueva vida a los bulbos capilares, dejando eliminadas las principales causas que impedían el crecimiento del cabello y contemplamos maravillados que el pelo comenzaba a brotar de nuevo."

(Continúa en la página siguiente)



Antes del tratamiento



Al terminar el primer mes



Finalizado el tratamiento

"En el tercer mes fue adquiriendo más cuerpo, vigor y volumen, alcanzando al final esa exuberante cabellera tupida, sedosa y larga por toda persona deseada."

"Como garantía les presento unas fotografías auténticas del proceso de recuperación del cabello mediante tratamiento con BIOTIN SOLUTION que se conservan en los archivos de los laboratorios."

"Y por último les diré que BIOTIN SOLUTION es un complejo vitamínico para usar como masaje del cuero cabelludo, utilizado por sus sorprendentes efectos solamente en centros exclusivos de alta especialización, pero ahora le hemos lanzado directamente al mercado prescindiendo de intermediarios y abaratando su precio para que se pueda seguir el tratamiento en el mismo domicilio, ya que es excepcionalmente eficaz en hombres y mujeres a cualquier edad."

Aquí finalizan las manifestaciones del prestigioso e ilustre Doctor Robert Marhsall sobre el descubrimiento de BIOTIN SOLUTION, maravilloso producto que vigoriza las raíces de los cabellos y estimula activamente su multiplicación.

Si usted también tiene algún problema de cabello utilice BIOTIN SOLUTION que será su única solución.

BIOTIN SOLUTION es una linda forma garantizada de rejuvenecer y de realizar la belleza.

Aplique usted BIOTIN SOLUTION en su casa y conseguirá esa tupida, voluminosa y superabundante cabellera imprescindible para completar su elegancia.

¡NO LO DUDE! Haga usted HOY MISMO su pedido enviando a Marcas Extranjeras, Apartado de Correos n.º 536, Santander, su dirección completa escrita con letra muy clara en sobre cerrado y debidamente franqueado, sin necesidad de recortar y acompañar el boletín de pedido.

Ventas para España: Exclusivamente por correo contra reembolso. Precio de cada frasco 1.975 pesetas. Gastos de embalaje y envío certificado 225 pesetas.

Para el extranjero escriban antes consultando importes.

BOLETIN DE PEDIDO

Marcas Extranjeras, Apartado de Correos nº. 536. Santander (España)

Nombre

Apellidos

Calle **N.º** **Piso**

Población **D. Postal**

Provincia





RELOJ ALARMA

Este reloj digital de cuarzo líquido con avisador programado y cuatro pulsadores dispone de las siguientes funciones: Hora, minutos, segundos, n.º de mes, día del mes, día de la semana, programador de alarma y luz para la noche.

Ref. 2.077

sólo 2.200,— pts

MINI RELOJ DE PENDULO

Bellísimo reloj que simula un reloj de péndulo de cuco. Funciona a cuerda y el péndulo y la palomita superior están en continuo movimiento. Finamente decorado a mano este simpático reloj reproduce una casita tirolesa con elementos en relieve. Por sus pequeñas dimensiones (150 × 110 mm) es ideal para dar una nota de alegría a las habitaciones juveniles.

Mini Reloj de Péndulo

Ref. 2.279

por sólo 1.750,- pts.

RELOJ DIGITAL PARA SEÑORITA

Con caja y pulsera de acero inox. de bellísimo diseño. Tiene cinco funciones: Horas, minutos, segundos, mes y día del mes y luz para lectura nocturna.

Ref. 2.053

sólo 1.150,— pts



RELOJ DIGITAL PARA CABALLERO

Resistente reloj de caja y pulsera en acero inox. Con cinco funciones: horas, minutos, segundos, número del mes, día del mes y luz para lectura nocturna.

Ref. 2.052

sólo 1.150,— pts

Condiciones para America, pedir información.

Sr. Director: Acogiéndome a sus ofertas y teniendo en cuenta las garantías que me ofrece, le ruego me envíe a mi domicilio los artículos que le detallo a continuación, así como los regalos que me corresponden de acuerdo con el importe de mi pedido.

REF.	ARTICULO	PRECIO
PAGO REEMBOLSO	GASTOS DE ENVIO	150
	IMPORTE TOTAL	

Nombre ______________________ Edad ______

Domicilio ______________________ Tel. ______

Población ______________________ Dto. Postal ______

Provincia ______________ Fecha de pedido ______

Escribir a **BAZAR POPULAR**, Apartado 14.020, Barcelona





9 788402 025142 00070



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Precio en España 60 ptas.